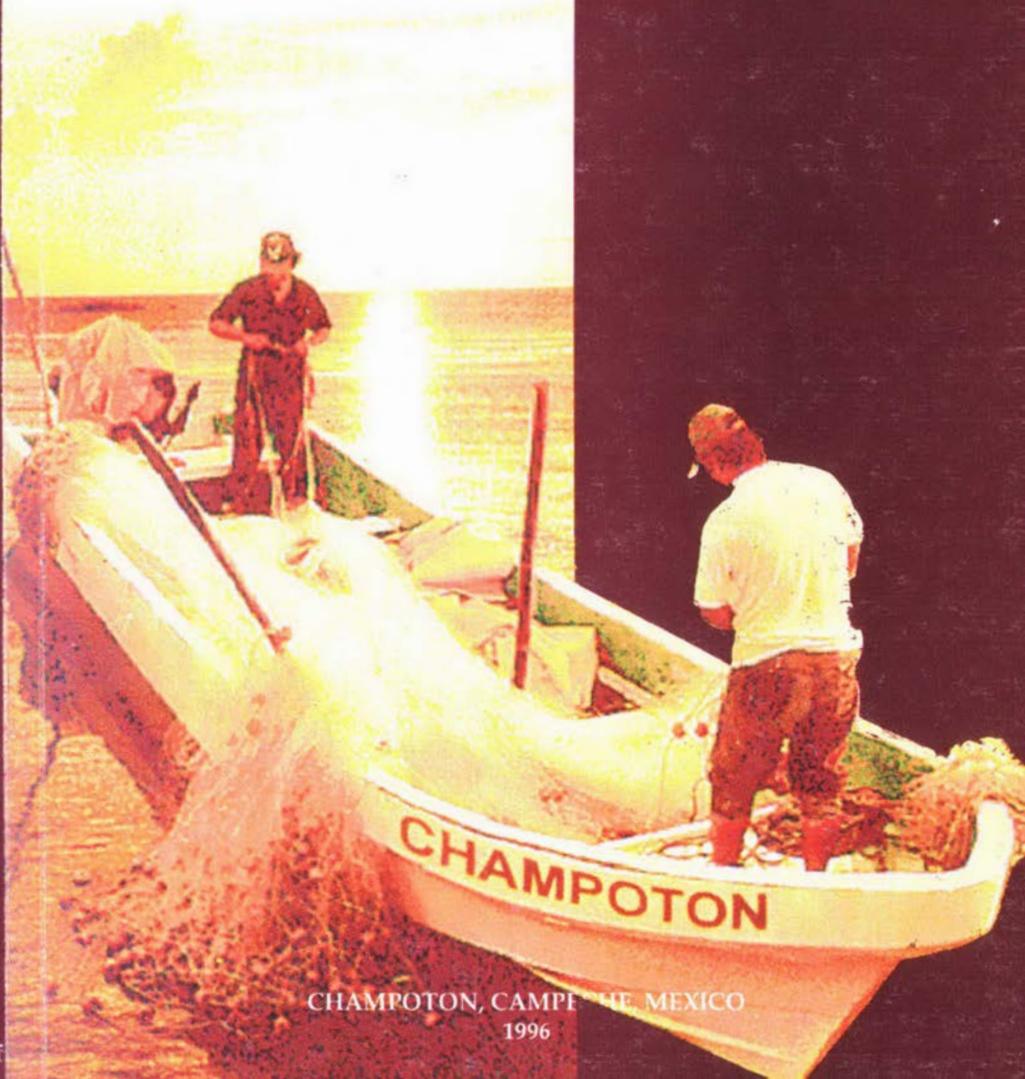


Caminantes del Océano



CHAMPOTON, CAMPECHE, MEXICO
1996

Los champotoneros somos descendientes de los putunes o mayas chontales, navegantes y mercaderes marinos de Mesoamérica.

Fieles a su herencia, nuestros pescadores escogen su futuro desde el principio, van al mar ya sea porque en sus venas corre el espíritu aventurero de libertad o por la inevitable seducción de las olas.

Este libro lleva implícita la esencia del champotonero, esa razón por la cual un rayo de sol, el sabor de mar y el olor a brisa son elementos que también nos identifican a los de tierra, compartiendo así la misma herencia.

PERSPECTIVAS, A.C., a través de este anecdotario, desea rendir un pequeño homenaje a esos hombres y mujeres del mar. Champotoneros anónimos que día a día ofrendan su vida por una actividad que honra a nuestro pueblo.

(000 6765)



Dirección
General de
CULTURAS POPULARES

CENTRO DE INFORMACION Y DOCUMENTACION

RECIBIDO

MAYO 7 1997





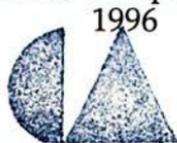
Caminantes del océano

Pesquerías en la Ciudad y Puerto de Champotón

A N E C D O T A R I O

PERSPECTIVAS, A.C.

Champotón, Campeche, México



BIBLIOTECA
CENTRO DE INFORMACIÓN
Y DOCUMENTACIÓN

Dirección General de Culturas Populares

**Agradecemos los apoyos recibidos
al**

**Programa de Apoyo a Culturas
Municipales y Comunitarias
(PACMYC)**

**de la
Dirección General de Culturas Populares del C.N.C.A.**

**al
Gobierno del Estado de Campeche,**

**a través de su
Instituto de Cultura de Campeche;**

**y al
H. Ayuntamiento de Champotón.**

DERECHOS RESERVADOS:	JUAN R. COBOS ALCO CER. AURA E. SÁNCHEZ ARJONA. MARISOL CASTILLO CASTILLO. ARACELLY CASTILLO NEGRIN. ELEUTERIO GÓNGORA ARONES. CARLOS E. CASTILLO BROWN. FANNY SANSORES RIVERO.
-----------------------------	---

Diseño:

Marisol Castillo Castillo.

Portada:

*Pescadores preparando sus redes
en atardecer champotonero.*

Diseño y Fotografías: Marisol Castillo Castillo.

Informes: PERSPECTIVAS, A.C.

Calle 30 No. 10, Centro,

Tels.: (982) 8-00-08, 8-00-09; 8-00-94 (telfax).

C.P. 24400 Champotón, Campeche; México.

BIBLIOTECA

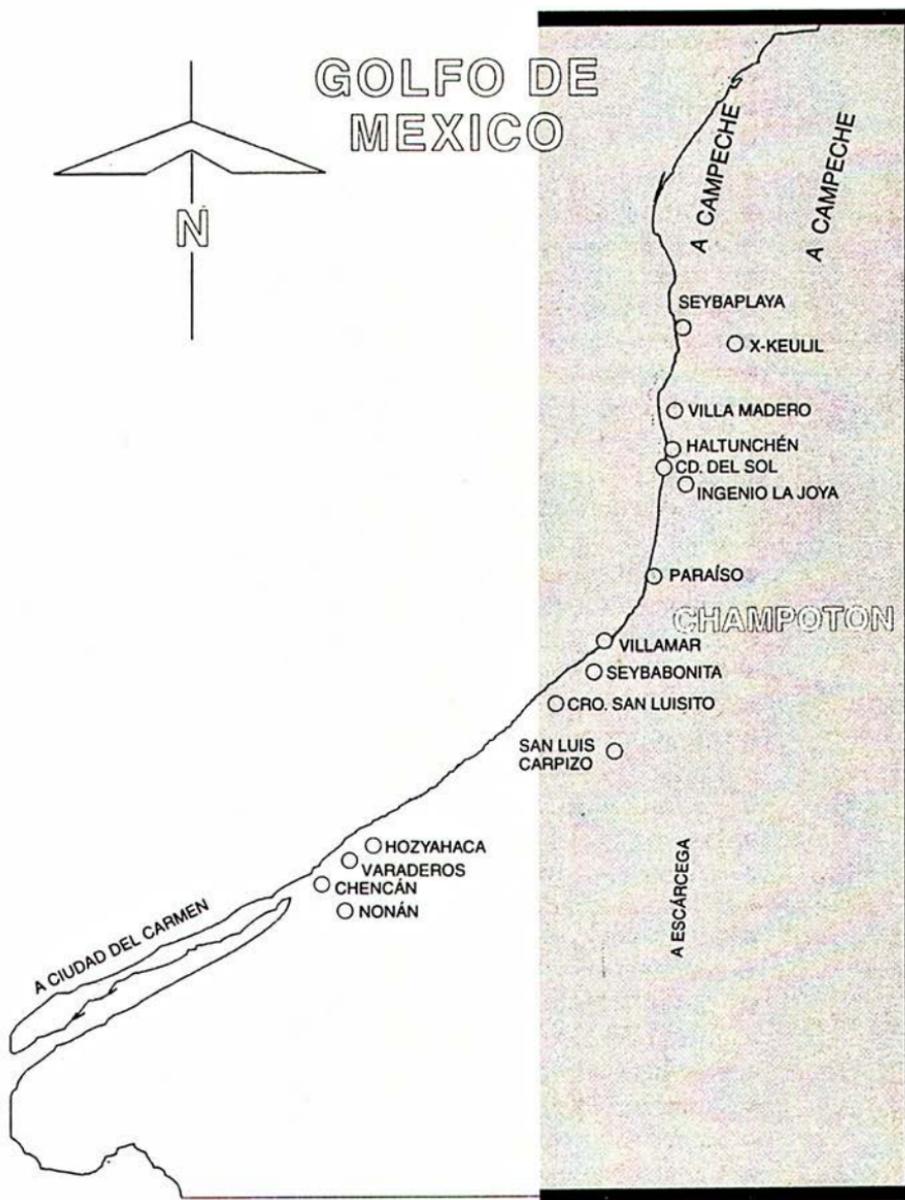
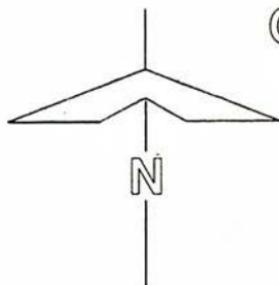
**CENTRO DE INFORMACION
Y DOCUMENTACION**

Dirección General de Culturas Populares

CONTENIDO

● Introducción	7
● Víctor Aguilar Naal (La Postólica)	9
● Felipe Aguilar Naal (El Gordo)	12
● Antonio Aguilar Naal (La Chopa)	16
● Juana Aguilar Campos (La Canchoca)	18
● Julio Aguilar Witz	24
● Jorge Aguilar (El Chulo)	26
● Carmen Aguilar Trejo (Cacho Bala)	27
● Luis Colorado	29
● Claudio Sarricolea López (Villa)	32
● Luis Sarricolea López (Pata de Mula)	35
● Dr. Fernando Sarricolea Rosado (Tiburón)	38
● Leopoldo Cosgalla Delgado (Polo)	41
● Manuel Delgado Rivero (Si-Do-Re)	43
● Candelario Delgado Rivero (El Cuxo)	44
● Ramón Delgado Rivero (Ciruelero)	46
● Justino Ramírez Pacheco	48
● Filiberto Ramírez Pacheco	49
● Antonio Trejo Covarruvas (Chaflán)	50
● Eulogio Barrera Mézquita	51
● Agustín Castillo (Pichitaca)	53
● Alfonso Uribe Reyes (Chocho)	55
● Enrique Poot Vázquez (El Churro)	57
● Carlos Rubén Ancona Cardeñas (Molenillo)	60
● Daniel Cahuich Chan (Cochinón)	63
● Vicente Cruz Izquierdo (La Uñita)	65
● Jerónimo Almeyda Polanco (Jerón)	67
● José del Carmen Pacheco A. (Huach)	68
● Antonio Queb Rebolledo (El Barco)	69
● Carlos Delgado Padilla (El Mono)	70
● José Dolores Alayola Cardeñas (Olla)	72
● José del Carmen Pacheco Fuentes (Camello)	74
● Ambrosio Méndez López (El Aguila)	78
● Jorge Dzib Cobos (El pámpano)	81
● Carmen Verdejo	83
● José López Ancona (Cheo)	84
● Índice de Nombres	85
● Glosario	88

GOLFO DE MEXICO



INTRODUCCIÓN

Con el patrocinio de PACMYC nos propusimos llevar a cabo una tarea tan agradable como enriquecedora: entrevistar pescadores y, con sus relatos, dejar un anecdotario que sea una constancia escrita de estos bravos hombres que viven cada día una aventura, en la cual, de su sagacidad y valentía depende que regresen a casa por la noche.

En Champotón hay familias enteras que por generaciones se han dedicado a la pesca. Hay quienes luchan incansablemente porque sus hijos no sean pescadores, buscando para ellos una vida tranquila y segura. También hay jóvenes profesionistas que al terminar su carrera universitaria sintieron el influjo generacional. El sol o la ardentía los hizo volver para vivir la libertad de las gaviotas o, tal vez, la emoción de la captura del pescado.

Los pescadores son hombres con una visión diferente de la vida. El estar fuera de tierra, en un plano en movimiento continuo, con el horizonte en la retina y el infinito como entorno hace de ellos seres especiales, con muchos conocimientos de los cambios del viento y la marea, las estrellas y el olor del aire; tienen un extenso vocabulario con el que sólo ellos se pueden comunicar; a cada avío de pesca le han dado un nombre diferente, por eso cada pueblo pesquero maneja un lenguaje distinto.

La vida del pescador es de una ambivalencia muy profunda, así como se vale de los elementos naturales para sobrevivir, al mismo tiempo mantiene una batalla continua contra todas las fuerzas con que la naturaleza los ataca en épocas de furia.

En el mar hay marcas, cada una tiene un nombre y cada nombre es la huella del hombre que camina en el océano...

ARACELLY CASTILLO NEGRIN.

“LA POSTÓLICA”

“...Era el mes de mayo cuando a mi papá lo mordió un tiburón amarillo que estaba ovando en la playa, ahí por el puente Icahao ...”; así empieza don Víctor Aguilar Naal el relato del acontecimiento que cambió drásticamente la vida de todos los integrantes de su familia.

“...era precisamente una canchoca que al sentir el arponazo se viró y se fue contra el cayuco. Tenía tanta fuerza que al topar, mi papá se cayó al agua. Como estaba en bajo comenzó a correr y el animal adolorido, impulsado por las aletas, empezó a perseguirlo alrededor del cayuco. Su compañero, en lugar de truncar la sondaleza la dejó correr... El animal le mordió la espalda y al tratar de tirarse sobre el cayuco le agarró la nalga izquierda. Al sentir mi papá la boca del tiburón trató de pegarle en la trompa para que lo soltara y así fue como le desgarró la mano. Con sus heridas y la zurda colgando, llegó mi papá a Champotón...”

Hijo de Juan Aguilar Martínez y Zenobia Naal, don Víctor empezó a trabajar en la mar a la edad de 10 ó 12 años. *“...Comencé en un cayuco de 6 varas que serían como 5 ó 6 metros de largo... No había redes como ahora, sino que teníamos que tejerlas de hilo de algodón, con cemento como plomada. Se iba a la mar en vela o palanca y usábamos un chinchorro de 200 a 300 brazas... Salíamos con el bulkin o sueste, trabajábamos toda la noche y regresábamos el otro día para vender el pescado temprano...”*

A sus 65 años, don Víctor Aguilar Naal aún relinga, teje la tarraya y la red de chinchorro; colcha, pone la plomada y la tralla. En su sentir, un pescador viejo no necesita compás, rosa náutica o carta marina, simplemente se orienta con el sol, la luna y los luceros. Explica que a veces se cierra la costa y no se pueden ubicar con los vientos de chubascos, por eso se basan en la marejada, aunque cuando no hay aire no se siente la corriente. Actualmente existen muchos accidentes, precisamente porque hay mucha gente del campo o de otras actividades que ha entrado a la pesca.

“...Yo prefiero andar como antes, a la vela, porque si a un cayuco le pasa algo no hay tanto problema pos la madera flota, pero si eso le pasa a una lancha te vas rapidito pa'l fondo por el peso del motor...”

Cuenta don Víctor que la tecnología moderna ha ahuyentado la pesca *“...antes nos se paneteaba, ahora es necesario golpear el cayuco para asustar al pez, desgraciadamente hay que salir lejos, además los jóvenes de ahora no conocen los tiempos. En mi generación no hubo tanto ahogado...”*. En ese tiempo se usaban los almanaques “Espinosa” para ver los cambios de luna, se estudiaban las estrellas y se veían las mareas antes de salir a la mar.

“...Ya no hay el mismo respeto de antes...” dice el “Postólica” como le llamaban, *“...ya van dos veces que me parten en dos mi cayuco porque los chamacos manejan las lanchas como locos; hace poco, para la época de pulpo, con todo y bandera parada, una de ellas con un motor de 75 caballos de fuerza por poco me mata, si no es que me tiro a tiempo al agua... Aunque no lo crean, en el mar hay tanto tráfico como en tierra, el problema es que no hay seguridad...”*

En cuanto a sus anécdotas, don Víctor rememora la vez que se enfrentó a un enjambre de insectos, *“...me fui solo a pescar cuando se me prende un bollo de abejas africanas, me picaron tanto que me tuve que tirar al mar, todo lo que hace el cayuco tenía abejas. Como pude y aún dentro del agua, jalé el fierro que servía como ancla y, despacio, me subí al cayuco para arrancarlo. Poco a poco el viento fue llevándose las abejas. Al llegar a tierra me tiré a dormir por una hora. Tenía tan hinchado todo que cuando llegué a mi casa mi mujer no me reconoció, decía que quien sabe que chino era yo, hasta que me dejó entrar. Fueron tantos agujijones que hasta el reumatismo se me quitó, eso fue lo bueno que saqué...”*

En otra ocasión salió a pescar con el Dr. Wilberth Escalante, Don José Díaz, suegro del doctor, “Chupa” y Chíforo Sandoval.

“...en eso ‘Chupa’ comenzó a darle vueltas al cordel hasta que le preguntamos —¡bueno! ¿y a qué hora lo vas a tirar?— pues que lo suelta y se va engancho en el sombrero del suegro del doctor.

Todos corrimos a sacarle los 8 anzuelos que se le habían metido

hasta el pellejo, pero él enojado no nos dejó cortar el cordel y le dijo al doctor —déjalo, así el sombrero no se me va a volar—. Así estuvimos pescando hasta que en la tarde, cuando regresamos, el doctor le tuvo que poner anestesia para sacar los anzuelos pues ya tenía hinchada la cabeza...”

Una vez, estaba llegando al lugar donde iban a pescar don Víctor y su compañero cuando vieron a “Pata de Mula” corriendo por todo su cayuco.

“...Había clavado un pez espada, pos nos paramos a verlo, cuando asomó la espada y se enganchó en su ropa, lo levantó y lo tiró como a 25 metros. Fuimos tras él y lo embarcamos... como yo ya había aprendido de mi papá que el pez espada es muy fuerte y sólo se le puede matar quebrándole la espada, juntamos los cayucos y entre los dos lazamos por cada lado la espada para que no se moviera y se la cortamos...”

Don Víctor se casó con Trinidad Campos, con la cual procreó 4 hijos: Luis y Juana (sus compañeros en el mar), María del Rosario y Marlene. Ahora tiene una lancha y sale a pescar con su yerno Víctor Reyes.

EL “GORDO” AGUILAR

“...Cuando llegó mi papá a Champotón vi que estaba lleno de sangre. Sus compañeros pescadores lo bajaron del cayuco y lo llevaron con el doctor Martínez quien, junto con su ayudante don Enrique Ruibal, logró parar la hemorragia de las más de 32 heridas que tenía en el cuerpo, de ahí lo llevaron a casa de mi abuelita María Cruz. Me acuerdo que en casa de don Lexo Azar nos regalaron una cama y una sábana para él...”

Don Felipe Aguilar Naal, viejo arponero de Champotón relata con tristeza cuando su padre, Don Juan fue atacado por el tiburón.

“...Cuando a papá lo lastimaron yo tenía como 11 ó 12 años. Mientras llorando achicaba la sangre de su cayuco, juré que los tiburones me la iban a pagar. Todos los días practicaba el arpón tirándole a unos cocos...”

Después de ese incidente don Juan ya no pudo volver a la mar, por lo que sus hijos mayores, Felipe y Antonio tuvieron que hacerle frente a la situación.

“...Comenzamos a trabajar con nuestro tío Candelario, quien era el único de los Aguilar que tenía redes, pero nos maltrataba. Una vez con un canaletazo tiró al mar a mi hermanito Antonio porque no gobernaba bien, pero ni modos, teníamos que aguantar. La situación estuvo tan dura que muchas veces tuvimos que salir a pedir caridad para poder llevarle de comer a mi padre que estaba tirado en la cama...”

Don Felipe habla de la convalecencia de su padre, de una niñez de trabajo arduo lavando pámpanos y de ayudante en varios oficios: “...Enfrente de mi casa vivía un viejito que le decían don Lino, él hacía sogas... Peinaba, hacía las cinchas y atarrias que se le ponían a las bestias que iban al chicle. Ese viejito tenía su esposa, doña Juanita, a quien le gustaban los traguitos. Don Lino me hablaba para que le jalara la rueda mientras él acolchaba los hilos para tejer las atarrias. Me pagaban 20 centavos semanales. Cuando no estaba su marido, doña Juanita

me mandaba con don Diego Rosado para comprarle su trago, a cambio me daba comida que yo llevaba a mi casa...”

El Gordo Aguilar explica que en el pasado todo era barato, pues unos 3 ó 4 chacchies costaban 10 centavos y un cazón valía de 3 a 4 centavos.

“...En esa época habían como unos 10 cayucos... eran pocos pescadores. Estaban don Agustín Castillo, Isidoro Verdejo, mi tío Tomás Aguilar, mi abuelito Juan Martínez; de los Ancona estaban don Melitón, Francisco, Andrés y Ramón; también Antonio Arjona, don Carmen Delgado... Esos eran los pescadores que yo conocí...”

También se refiere al amor y respeto que su padre les inculcó por el mar y por sus semejantes: *“...Cuando sanó de sus heridas iba con nosotros a la mar... Recuerdo que se ponía entre las piernas a mi hermanito Víctor, quien aún gateaba, y nos dirigía cómo gobernar, echar las redes, ubicarnos, interpretar los astros...”* Para la familia Aguilar fueron tiempos muy difíciles pues faltaba la comida para sostenerse.

“...En la madrugada mi mamá quemaba la tortilla para hacernos café. Así nos íbamos a la mar, tan sólo con un chu de agua. Por ahí de San Luis nos aclaraba. Encontrábamos la pesca o la raya, pero teníamos que esperar la creciente para que entrara. Nos pasábamos todo el día sin comer. Si además en la noche había calma, teníamos que palanquear hasta Champotón mientras mi papá gobernaba. Cuando llegábamos comíamos bizcochitos de harina que se remojaban en el caldo de pescado...”

“...Aprendí también con Prudencio Aguilar. Su papá, don Alberto, fue de los primeros arponeros de Champotón...”. Don Felipe cumplió su promesa, utilizaba un arpón de acero formado por una cuarta de cuerpo por dos pulgadas de tubo. Esta se encajaba en una vara donde se enrollaba una sondaleza de cobre, la cual, al clavarse la punta en la carne del animal, se desenrollaba.

“...Maté mucho tiburón. Andaban bien cerca, antes, cuando íbamos a visitar a mi abuelita María Cruz que vivía por la playa, se podía ver en el crepúsculo las aletas de los tiburones...”

Muchas veces el “Gordo” Aguilar regresó con su cayuco lleno de tiburones, los cuales, gracias a su complejión, los bajaba a la playa echándoselos a la espalda.

De su padre aprendió a interpretar las nubes que, en forma de rabo de gallo, presagiaban el mal tiempo y a definir la hora en la noche según la inclinación de la “Cruz de Mayo”. Además, existía un fenómeno sólo percibido por los Aguilar para avisarles cuándo debían regresar porque iba a entrar el norte.

“...En el plan, según la distancia que tenía el cayuco, se oía como si fuera una señal de telégrafo... Pensábamos que era un pez que iba pegado en el plan del cayuco, pero estaba en el fondo del mar. Así no nos alejábamos y regresábamos. Teníamos esa precaución. Una vez, Antonio, Víctor y yo íbamos corriendo a la vela para ir a la costa cuando pasó don Roberto Sarricolea, estábamos llegando a Sabancuy cuando empezó a sonar el plan del cayuco y ahí nos paramos. —¡Vamos a la costa ‘Gordito’, ahí vamos a agarrar cazón y raya!— me gritó don Roberto—. —¡No, aquí nos vamos a quedar!—, le contesté y él siguió. ¡N’hombre, ya pal’ amanecer empezó el mal tiempo con norte...”

Era tal la confianza que tenía en sus hijos don Juan Aguilar que cuando éstos iban a Varadero, se iba al barranco para esperarlos llegar puntualmente a las tres de la tarde. Todos trabajaban para sacar adelante la familia.

“...Albertina, mi hermanita nos ayudaba, cogía su cuchillo y se ponía a rejalar la raya, las aletas y salaba el pescado...”

También aprendió de su padre el oficio de tallador. *“...Mi papá lo trajo de naturaleza, trabajaba con el doctor Martínez. A pura práctica aprendí a alinear las rodillas rotas y a entablillar con cartones o con una tablita. Mi papá tenía en la pared un cromó del esqueleto humano. Empecé desde los 15 años hasta ahorita...”*

Don Felipe se casó a la edad de 40 años con María del Socorro Centurión, joven proveniente de Campeche quien fue adquiriendo poco a poco las experiencias de la mar, así como las angustias de saber a su esposo en peligro los días de norte.

"...A petición de ella dejé la mar y me metí de calafatero en los barcos que construía don Carlos Paredes, después me fui a Lerma a trabajar, pero ahí me hicieron una broma, me aflojaron el andamio y me vine desde arriba. Me lastimé la columna y ya no pude seguir. Quise volver al mar pero el doctor me lo prohibió por el golpe de la ola en el cayuco..."

Durante 10 años la familia Aguilar Centurión vivió momentos difíciles pues la salud de don Felipe impedía que este consiguiera trabajo. Sin embargo, no se dio por vencido, al principio se iba al muelle a limpiar pescados y después pasó al mercado cuando se construyó la pescadería.

"...trabajaba en lo que podía... Una vez Manuel Ancona me pidió que limpiara unos pescados y le gustó mi trabajo, desde eso él se dedicó a comprar filete y yo a escamarlos. Fui el primer escamador, ahora hay varios pero hasta le fecha no me ha faltado trabajo..."

Don Felipe vive ahora en su casa, sale de mañana al mercado, cría pollos, tiene una refreshería y se dedica a tallar a sus pacientes. *"...Ahora cuando algún muchacho se queja de que no hay trabajo o que el dinero no alcanza le digo que no ha pasado las miserias que yo viví y le repito lo que mi papá siempre decía: —el trabajo no es ganar, sino saber guardar—..."*

“LA CHOPA” AGUILAR

“... Cuando lastimó el tiburón a mi papá, mi primo, quien era su compañero se puso a pegar de gritos. Como pudo lo trajo a Champotón. Qué tal valor tenía mi padre que agarró su pantalón, a duras penas se lo trincó en la cintura y se fue a la botica, pero estaba cerrada...”

“...Ese día había una corrida de toros, pues era carnaval, así que mis tíos Candil y Alberto se fueron a buscar al doctor Martínez. Cuando lo encontraron le dijeron —vaya a atenderlo, está en la puerta de su casa—. Así que dejó a Canducha Denegri, su esposa, en la plaza de la campaña y fue a ver a mi papá...”

“...Cuando llegó, mi papá estaba botado en el suelo porque no podía estar parado. Enseguida lo metieron, le aplicó suero y le puso una inyección para coagular...”

Cuenta don Antonio Aguilar Naal que al día siguiente que su padre fue atacado por la canchoca, su tío Alberto y Tomás se fueron a buscar al animal. Cuando llegaron al lugar aún estaban las redes echadas. Empezaron a dar vueltas por los bajos hasta que lo vieron. “...ahí estaba el tiburón, todavía tenía la sondaleza. Mi primo Prudencio Durán lo arponeó. Agarraron al animal y lo trajieron, éste aún traía las tiras del calzoncillo que le desgarró a mi papá cuando le clavó sus 3 líneas de dientes en la nalga. Además, en las redes habían como 100 cazoncitos...”

Como los demás hijos de don Juan Aguilar, don Antonio, mejor conocido como “La Chopa”, tuvo que salir a la mar desde los ocho años. El suceso fue tan impresionante que varias personas en el pueblo apoyaron a su familia.

“...Un día me di un golpe en el ojo, me salió sangre y de la hinchazón se me cerró el párpado. Como estaba chop, me pusieron ‘La Chopa’...”

La Chopa recuerda que doña América, una vecina, ofreció a su mamá darles diario pan, por eso la acompañaba al viejo mercado de madera: *"...ahí vendían don Juan Campos, doña Cruz Alcocer, el finado don Chavo Reyes, don Donato Uribe... del pan que me regalaban me comía la mitad en el camino..."*

Don Antonio explica que la ese tiempo hubo una fuerte crisis económica, acentuada por el paso de la langosta y la viruela negra. *"...fue una época malísima, no se vendía nada, yo salía con mi cesto y tenía que cambiar el pescado con aguacates, azúcar, maíz, frijol, café, huevos..."*

A los 10 años aprendió de su padre y de don Leovigildo Calderón a tejer la red. También, como a sus hermanos, los consejos sabios de don Juan lo hicieron pescador. *"...estábamos chamacos pero no lo dejábamos salir a la mar. La bulla de mi papá duró como seis meses... Empezamos a trabajar por nuestra cuenta y que nos agarra coraje nuestro tío Candil..."*

A sus 71 años, la Chopa Aguilar explica que nunca le gustó trabajar con acompañante porque si el decía una hora y no eran puntuales, agarraba su cayuco y salía a la mar.

En la actualidad reside en Paraíso con su esposa María Sánchez, sus hijas Rosa, María Cruz, Candelaria, Romanita, Teresa y María de Jesús. Sus hijos Luis, Manuel y Antonio trabajan en la mar.

“LA CANCHOCA”

Es la única pescadora del puerto de Champotón. Heredera de una tradicional familia de lobos de mar, Juana es hija de Víctor Aguilar y nieta de Don Juan Aguilar, por ello se puede decir que en sus venas corre sangre fundida con el agua salada.

“...Me llamo Juana Aguilar Campos, pero todos me dicen La Canchoca...”

Cuenta su padre que ese apodo se lo pusieron porque nunca se dejó de nadie: *“...Una vez, peleando con su hermano Luis le pegó tal mordida en el brazo que hasta sangre le salió. Uno de mis hermanos que vio todo le dijo: —¡te pareces a la canchoca!— y así se le quedó...”* Desde ese día Juana fue llamada igual que el más feroz de los animales del mar, el tiburón amarillo hembra que defiende a toda costa sus crías.

“...Desde pequeña me gustó la mar, estar libre... Un tío decía que tal vez porque nací bajo el signo de Piscis. Al principio mi papá nos llevaba a toda la familia en su cayuco, pero no me dejaba ir a pescar cuando iba a trabajar...”

De pronto esta mujer de 35 años se traslada al pasado y con una sonrisa pícara empieza a contar cuando por primera vez se fue a la costa como polizón escondida en el cayuco de su padre, ese fue el inicio de una aventura que ha durado toda su vida.

“...Tenía como 8 años cuando se me metió en la cabeza ir a la costa con mi papá. Una noche, mientras todos estaban en la chumera, hice mi mochila con una muda de ropa y me metí entre los bancos, debajo de los cobertores que tenía el cayuco. Este era como de 3 metros de largo y lo transportaban en una camioneta hasta Varadero donde semaneaban varias familias, entre ellas los Aguilar, los Delgado, don Pancho Montalvo y mi tío Angel Aguilar quien era el cocinero...”

Cuenta Juana que nadie se percató de su presencia porque en esa época los pescadores, antes de acampar por una semana o un mes, te-

nían que preparar sus provisiones, el anafre, el carbón y la leña. Además se ponían a tomar desde Champotón. Algunos hasta quedaban inconscientes y así los cargaban y se los llevaban.

“...Todo se celebraba, que si porque se iba a la mar, que porque si se regresaba, que porque hubo pesca, que porque no hubo, en fin siempre se emborrachaban por algo, por eso, cuando llegamos a Varadero siguió la chumera...”

Juana nunca pensó que su condición de mujer iba a ser un obstáculo para lograr sus aspiraciones, así que esa noche esperó entre los bancos del cayuco hasta que la camioneta se regresara a Champotón.

“...Antes la última corrida por esa carretera era el camión que venía de Chumpán, por ahí de las cuatro de la tarde. Cuando mi papá me vio qué no me dijo, me la refrescó toda, me dijo hasta que se cansó, pero no tuvo más remedio que dejarme en el campamento... Aunque me la sentenció que al otro día tenía que regresar... Como ya era hora que salieran a la mar, mi tío Angel Aguilar, quien era el velador y cocinero, pidió hacerse cargo de mí y es así como empezó todo, pues a la mañana siguiente pegó un norte y ya no pude regresar a Champotón...”

Así, sin esperarlo, el campamento pesquero se hizo cargo de una criatura que para amolar era mujer, una niña de 8 años de carácter bravío que sólo estaba quieta cuando ilusionada por salir a la mar recibía las enseñanzas de su tío Angel, conocido por todos como “Changelón”.

“...Entre todos me hicieron un baño con pencas de coco. Yo lavaba una muda de ropa y otra me ponía. Me consentían bastante, una vez me enfermé porque después de la soledad me dieron a tomar agua de coco... pa' su mecha, todo los pescadores del campamento se vinieron a Champotón a traerme al hospital y no se regresaron hasta que estuve bien...”

Aquella niña que al principio representó un problema, 4 años después era una más del grupo, ya sabía bucear y trabajaba con una habilidad increíble. Esa destreza le hizo exigir el pago por su trabajo. Cuenta su padre que en muchas ocasiones un lermero vino a verla trabajar porque no creía lo que le contaban. *“...Pues que va quedando impresionado el hombre, porque más tardaba yo en sacar 10 que ella ya llevaba*

20... *Yo no se que tenía, pescaba rapidísimo, pues nada más era tirar el cordel, enseguida sentir el pez y jalar ...*”.

Mientras tanto, en tierra: “...*Yo también estudiaba, pero como a los 10 u 11 años, estando de director el Profesor Luis Flores, me pidieron que para el carnaval saliera en una comparsa para la coronación de la reina. Como no hubo dinero para comprar el traje, no me presenté esa noche y después me dio tanta pena que no quise regresar a la escuela. Fue hasta los 17 años, en Colima, que terminé mi primaria...*”

Mientras trabajaba en el mar Juana se convirtió en una esponja que absorbió todas las experiencias de sus antepasados, aprendió a descifrar las estrellas y las nubes para los temporales, el flujo de las mareas, la dirección del viento, los viejos secretos para pescar y sobrevivir en la mar.

“...*Una vez a mi hermano Luis y a mí nos agarró una turbonada navegando a la vela. Yo estaba en proa y mi hermano gobernaba cuando empezó el viento fuerte, estábamos frente al cocal de Paraíso. Mi hermano se puso a llorar cuando el cayuco se comenzó a alejar de Champotón que porque ya no iba a volver a ver a mi mamá, lo hice a un lado para gobernar y le grité: —¡papá siempre dice que no hay que perder la calma!—, le ordené que se amarrara a la serreta del cayuco pa’ que aunque sea ahogados nos encontraran. Empezamos a achicar el cayuco pues nos cubría el agua. El pie de viento pasó junto a nosotros como una manguera gigantesca y después vino una gran calma. No teníamos nada pa’ comer ni tomar, así que le dije a mi hermano que se metiera el plomo de los cordeles en la boca para salivar. Estábamos perdidos, no sabíamos hacia qué dirección estaba Champotón, por eso vimos hacia dónde iba la corriente. —¡Es creciente va hacia tierra, vámonos a canaleta!— le grité a mi hermano. Llegamos después frente a Sihó...*”

Aprendió de don Cheo Carballo que el marco producido por las olas se quita con una solución compuesta por agua salada y 9 gotas de del propio orín. Don Víctor Aguilar le enseñó a marcar los lugares donde iban a pescar “...*cuando salíamos me decía —¡A poner Correcosta a media ensenada de la parte de fuera, frente a microondas, con los cerrros de los caballitos, la popa al faro!—*”. Tenían varias marcas como la piedra del Calcamazón, la piedra de los Bufeos, la piedra de Chen, etc.

Según va relatando, los recuerdos de Juanita hacen que su cara bronceada vaya cambiando como un caleidoscopio que refleja tanto las angustias sufridas, el rechazo de las demás niñas porque vestía de pantalones y andaba con hombres; las necesidades de salir adelante por la pobreza en que vivían; el trabajar en la calle; sus dudas o miedos de adolescente; como sus aventuras...

"...En los días de norte juntábamos los cayucos, poníamos sobre ellos el encerado y nos metíamos todos el grupo de muchachos, a contar aventuras o aprender a fumar... Una vez se me ocurrió decir que yo estaba preocupada porque veía que a las otras muchachas ya les habían crecido los pechos y yo estaba plana, que tenía miedo que me quedara así..."

Para los jóvenes del grupo Juana siempre fue una más de ellos, la trataban como un hombre pero la respetaban como mujer. Así pues ese día entre todos le pusieron la tarea a los más grandes para investigar en sus casas y regresar con la respuesta en la próxima reunión.

"...Cuando nos volvimos a ver uno de ellos me dijo: —¡Ya te tenemos la solución!, ¡a punta de canaleta y nado!—... Que va, desde ese día todos me apoyaron, mientras los demás salían a la vela o con motor, yo a puro canaleta. —¡Dale Juana!.. ¡Tu puedes!... ¡Duro Juana!— me gritaban los chamacos... Estaban tan preocupados que un día me inventaron una especie de esquí con unas tablas amarradas a mis pies. No se como lo hicieron, pero me aseguraron la cintura con una cuerda atada a un cayuco y con una soga para que yo jalara con mis manos. Se fueron por todo el río mientras yo daba volteretas, quesque aquellos me iban a crecer con la presión de mis brazos tirados hacia atrás para no zafarse de la cuerda..." Juana se echa la carcajada mientras muestra con un esquí imaginario cómo echaba su pecho hacia delante mientras se aferraba a la soga.

"...Y ahí no paró la cosa, como venía el día de la Marina y entre las competencias habían de 50, 100 y 200 metros de nado, mis amigos me dijeron que por qué no le entraba, que todos se iban a inscribir para que no estuviera sola. Ese día cuando llegué al muelle me dijeron —Coca, ya estás apuntada con nosotros y, pa' que te salga más pecho, no te inscribimos en 50 ó 100 sino en 200 metros. Nos tiramos desde el 'Puente Viejo' y como todos me apoyaban: —¡Duro Juana!—, —¡Sigue

Juana!—, —¡Dale Coca!—, pues que voy ganando la competencia. En esa época me dieron 20 pesos, pero del pecho nada, todavía no le había llegado su tiempo...”

A un tío, hermano de su mamá, no le pareció que una niña de 12 años creciera entre puro hombre y anduviera sin zapatos vendiendo pescado por las calles de Champotón. “...Me llevaron a Manzanillo para hacerme ‘señorita de sociedad’. Mi tío era empresario de línea blanca y pertenecía al Club de Leones y al Rotario. Me compró vestidos elegantes y hasta me puso maestros para enseñarme a comportarme...”

Sin embargo, siempre tuvo esa nostalgia por la mar, ella recuerda una vez que la llevaron de vacaciones a Puerto Vallarta, con la experiencia que tenía de pescadora pudo convencer a sus primos de rentar una lancha y salir a pescar. Juana pensaba que el mar era igual en todos los lugares, no tenía ni idea de cómo era el de ahí. Y con algunas cervezas encima pidieron al que manejaba la lancha que se alejara de la costa. Así, se le hizo fácil retar a sus primos para tirarse al agua con la intención de que le enseñen a esquiar.

“...Al grito de —¡chingue su madre el que no se tire!— me eché un clavado que no sé como no me agarró la propela y me mató, pues ahí el mar es bien bravo. Pero más tardó la lancha en dar la vuelta pa’ recogerme que ya había llegado la patrulla pa’ sacarme del mar y llevarnos a todos a la cárcel. Cuando lo supo mi tío casi le dio un infarto y tuvo que mover sus influencias pa’ que no nos quedáramos ahí. El comandante de Puerto Vallarta nos dio una regañiza porque nos pasamos de la red metálica que hay para los tiburones tigre y martillo. Pero más tardé en salir de la comandancia, que ya me estaba elevando en un paracaídas, lo hubiera logrado de no ser porque en el vuelo mi tío paró la lancha...”

Ante la imposibilidad de poder controlar a su inquieta sobrina, Juana regresó a Champotón. “...También viví un tiempo en Oaxaca, en Salina Cruz, fui por dos meses a cuidar a una tía que se quedó sola pero como hubieron inundaciones y yo era la única que sabía nadar para salir a comprar la comida me quedé más tiempo...” Regresó de 20 años y empezó a trabajar en la tortillería de don Antonio “El Churro”, pero se aburría y regresó a la mar.

Su condición de mujer le impuso límites en el mar, sobre todo en lo físico pues no tuvo la suficiente fuerza para tirar la tarraya y en cuanto a sus necesidades biológicas...

"...Para ir al baño... bueno siempre fui a la mar con familiares, primero con mi papá, después con mi hermano y ahora con mi esposo. Siempre hubo respeto, simplemente todos se volteaban. Yo llevaba mi vasija donde achicaba el cayuco... Y como no hacía varios días en la pesca, ni salía tan lejos, pos' siempre estaba la playa... entre nosotros nunca se dio la malicia ni los malos pensamientos, te volteas porque eso es algo normal... Y cuando estaba indispuesta pos' no salía..."

Juana ahora está casada con José Torres Vela y sigue yendo al mar en la época del pulpo. En tierra se dedica a las labores del hogar pero eso no le impide escamar o vender pescado en las calles cuando es necesario.

"...Aunque nadie lo crea, el trabajo del pescador es de lo más fácil, es para flojos, simplemente tiras el anzuelo y te echas a dormir... ¡Eeh!, ¡no es cierto! Una vez se me hizo fácil hacer con el cordel un lazo en mi dedo gordo del pie y acostarme en el cayuco mientras algo picaba. Que siento el jalón y en lugar de desatar el lazo, que agarro el lado equivocado y lo trinco ¡por un pelito un cazón no me arrancó el dedo de no ser que cortaron el cordel a tiempo!, todavía tengo la marca de las cuatro puntadas que me dieron... ¡Que va! hay que estar pendientes del trabajo porque si no, puedes perder el equipo... o la vida".

JULIO AGUILAR HUITZ

Don Julio Aguilar Huitz nació un 15 de febrero de 1917. Su padre, don Candelario Aguilar Novelo, le enseñó a pescar a la edad de 9 años en un cayuco de 6 varas, con dos redes tejidas con hilo de cáñamo alemán de 20 brazadas de largo por 10 de caído.

“...Nadie me enseñó a tejer la red, yo veía cómo lo hacían mi papá y mis tíos y así aprendí yo solo. La verdad, después de ayudar a mi tío, le robaba unas hebritas de cáñamo y así, poco a poco comencé a tejer mi red. Pero un día me vio mi papá y me dijo que me compraría una libra de cáñamo alemán, así lo hizo y yo feliz de hacer mi propia red...”

Con más de 50 años dedicados al mar, don Julio recuerda cuando a los 18 años, ya huérfano de su madre María Cruz, Don Candelario le dijo que viajarían a Sabancuy para comprar en 40 pesos un cayuco de vela de 7 varas. *“...Le pusimos por nombre ‘El Víctor’, después de cada pesca mi papá me daba de 50 a 10 centavos...”*

“...al regresar de pescar, mi papá me daba un cajón de madera con 10 ó 12 sartas de pescado sostenidos en cogollitos de guano, Por la tarde recorría Champotón pregonando el pescado a 50 centavos o 1 peso la sarta...”

“...Al morir mi papá no me dejó el cayuco, tuve que ir a trabajar al monte, a hacer milpa. Con el poco dinero que junté de la venta del maíz, regresé a Champotón, pero como siempre me gustó la pesca, fui a platicar con el señor Lanusa quien, en ese entonces, se dedicaba a la venta de madera. Me recibió con atención y me dijo que pasara al patio y escogiera la madera. Preferí ir a ver al señor Paredes, el único carpintero de ribera en Champotón, para pedirle que construyera mi cayuco...”

El señor Paredes se trasladó a la casa del señor Lanusa y escogió la madera apropiada. Al terminarse de construir el cayuco de vela de 7 varas, don Julio lo bautizó con el nombre de “El Candito”, en memoria de su padre.

"...El pago de la madera, así como al carpintero lo hice poco a poco honradamente en un año..."

Ya casado, cierto día salió solo a pescar en su cayuco de vela, al ver el mal tiempo en plena pesca, recogió sus redes y se enfiló a la costa, pero no pudo llegar porque el norte era demasiado fuerte.

"...Estuve a punto de naufragar, me entró la noche y las olas me cubrían, llenando de agua mi cayuco. Yo, desesperado, achicaba el agua, pero me cansaba, pues siempre se volvía a llenar. Así pasé muchas horas pero me salvé, gracias a Dios... En Champotón me daban por muerto, mi esposa rezaba y lloraba por mí... Se dice y así es: 'después de la tempestad viene la calma', con la bonanza llegué a Champotón y grande fue mi sorpresa al ver gente esperando que apareciera. Al verme, fueron a avisar a mi esposa quien, en unión de los demás me recibieron... Ella, al verme, se puso a llorar..."

Su cayuco era de dos velas, la mayor de 7 metros y el trinquete de 4 metros.

"...para un lance hay que observar el horizonte por todos lados y para poder verlo, hay que subir 4 metros por los embragues y sostenerse ahí, según aguantes porque tus pies están pelones, o sea, sin zapatos. A esa altura puedes ver el turbio del agua y calcular la distancia y el probable cardumen de peces... Por experiencia sabemos que cuando el turbio es fijo y blanco, como la cal, el cardumen es pámpano; cuando el turbio no es fijo porque hay varios manchones, entonces es jurel, sierra, sardina, cazón, etc.... "

"...Me retiré del mar por mi reumatismo y mi vista cansada. Por último, quiero recordar a don Polo Silva, quien tenía un bohito llamado "El Recuerdo", aquí en Champotón, y con él, previo grito, cruzaba por el río a la gente que iba a Paraíso o venía a Champotón. Cobraba 10 ó 20 centavos. Tenía un loro que aprendió a llamar a don Polito, sólo con oír su nombre..."

“EL CHULO”

Según él su apodo se debe a que es un poco feo. Jorge Aguilar, mejor conocido como “El Chulo” es descendiente de pescadores. A sus 62 años de edad recuerda a su compañero de aventuras, el inseparable Adelfo Calderón “Patadita”.

“...Un día me encontraba pescando con mi compañero en la piedra de Chin, cuando nos agarró el norte. No había motor, sólo vela. Capeamos como pudimos el temporal, cuyos vientos se aproximaban a los 100 km/h. Nuestro cayuco era de 6 varas, se llamaba ‘La Esperanza’. Los pescadores por burla le decían ‘La Garrapata’ por su lentitud. Sin embargo, ese día, al ponerle la vela de nuevo, voló materialmente a puerto por eso, tiempo después le cambiamos el nombre a ‘Pinolillo’...”

Dice el “Chulo”, que de sus 56 años de experiencia recuerda otra ocasión, cuando con “Patadita”, se acompañaron para pescar con don Tacho Osorno e Higinio Rivero por el rumbo de Huahayaca, donde les agarró el norte. *“...En este lugar vivía un chino conocido como don Hilario, quien nos dijo: —...¡quédense muchachos!—. Nos habíamos juntado un total de 8 cayucos. Estaban ‘ElAlerta’, de don Isidoro Verdejo, que era el más grande de Champotón, el de don Carmen Verdejo, el de don Rosendo López y otros que no recuerdo...Nos reunimos todos y dijimos: —¡Vieja el que se quede!—, y nos hicimos a la mar, a correr el norte. En el camino nos encontramos con don Melitón y don Candelario Ancona, quienes se sumaron al grupo. A nosotros el viento nos arrancó la vela y nos tuvieron que jalar, pero con la desesperación y el peso del cayuco nos soltaron las amarras y nos gritaron: —¡Sálvense como puedan!—. Sólo Dios sabe como llegamos a Champotón vivitos y coleando...”*

“...En otra ocasión, en compañía de mi compadre, fuimos a cortar madera para una casa y nos sorprendió una tormenta y nos perdimos por el viento y la lluvia. Mi papá me lo advirtió: —¡Viene el norte!—. En esa época no se escuchaba el boletín del tiempo por el radio o la televisión. Después, mi papá me explicó: —uno, por las constelaciones; dos, por las nubes; tres, por el sol; cuatro, por los factores del clima; cinco, después de los bulkines; y seis, después de la calma viene el norte—...”

“CACHO BALA”

Don Carmen Aguilar Trejo nació en Champotón, un 7 de diciembre de 1939, es hijo de don Candelario Aguilar Novelo y doña Josefina Trejo Novelo. Durante 20 años se dedicó a ser pescador de ribera, pero la exposición continua al intenso brillo del agua hizo que se retirara de este oficio por deficiencias en su visión.

“...Mi primer cayuco el ‘Eli’ era un bohito de caoba, de 4 varas por 60 de fondo y 8 mts. de ancho. La vela era de manta del número 100, con canaleta y palanca...”

Comenta don Carmen que en cierta ocasión pescó un delfín de 3 metros y éste lo arrastró como 5 kilómetros, desarrollando unos 30 kms. por hora. *“...Entonces me dio miedo y como pude corté la red, ésta se la había pedido a mi hermano Julio, al poco tiempo le di otra... Donde se encuentran de 4 a 5 delfines no hay tiburones, pues los delfines les dan de hocicazos y los espantan, por eso cuando uno está flotando en el mar después de algún accidente y se tiene cerca un delfín, los tiburones no se te acercan...”*

Otra aventura la vivió cuando pescando solo en el tortuguero vio una “chalupa” (tortuga negra con 3 quillas). *“...Me dio miedo por su tamaño, era como de 8 metros de largo por 6 de ancho, gracias a Dios pasó cerca y se fue...”*

Don Cacho Bala, en la pesca de tortuga, tiraba la tralla y podía pescar hasta 3 animales (caguama, Carey y blanca). Explica que la carne de esta última especie es la más fina y llega a pesar de 30 a 90 kilos, mientras que las otras entre 30 a 35 kilos.

Según don Carmen Aguilar, una red tiene 50 mallas de 3 a 4 m. de caído por 100 m. de largo. Para pescar se tiran al agua de 5 a 6 de estas redes. Las medidas de estas mallas construidas con hilo de cáñamo varían de acuerdo a las especies que se van a capturar:

“...La malla grande de 5 pulgadas es para cazón y pámpano; la

de 4.5 pulgadas o malla mediana sirve para carito y pámpano; la malla chica o de 3.5 pulgadas se usa para pescado de escama como la corvina, chacchí y sierra..."

Don Carmen recuerda que al principio se viajaba a Campeche, para hacer contratos de construcción de cayucos. Después, aquí los armaba el maestro Carlos Paredes (primer carpintero de ribera) y después el chaparro Pérez (calafatero de ribera), quien aprendió con el primero. El cayuco más grande en Champotón se llamó "Alerta".

"... 'La Burundanga' era el nombre de la camioneta que fletábamos para vender en Campeche pámpano, sierra, etc., era propiedad del Sr. Manuel Baeza, quien tenía una tienda llamada 'El Gallo' en el Chen Pec..."

De las personas que tenían el equipo adecuado para la pesca, "Cacho Bala" menciona a don Alberto Delgado Rivero "Mamoya", quien incluso filmó en Tabasco con Julio Aldama la película "Tiburón". Asimismo, los pampaneros más destacados de Champotón fueron don Candelario Aguilar y don Melitón Ancona. El mejor robalero de Champotón fue el señor Claudio Sarricolea López.

LUIS COLORADO

Martes 7 A.M.

Con su bastimento de pescador, pescado frito, unas tortillas y un botellón de dos litros de agua, salió Luis Colorado a la mar a conseguir el sustento diario de su pequeña familia: Marbella y él, pues su única hija ya se había casado. Caminó de prisa, sin volver la mirada a su casa para evitar encontrarse con los ojitos tristes del niño que quería acompañarlo como otros días. Pero no, hoy no lo podía llevar, se había negado a ello sin saber con certeza por qué lo había hecho.

Medio día.

Había terminado el pescado y las tortillas, estaba tomando un poco de agua, cuando empezó a oír un ruido extraño en el motor. Mientras pensaba qué sería, éste se paró; trató de echarlo a andar de nuevo pero, después de muchos intentos, el motor permaneció mudo; decidió tirar por la borda los dos fierros que llevaba como ancla y fue cuando tuvo tiempo de sentarse y pensar en la situación en que se encontraba —...*si me quedo aquí fondeado alguien pasará...*— se dijo, y así empezó la espera.

Miércoles.

Amanece y la esperanza de ser visto se intensifica al pasar el tiempo. En Champotón, la hija de Luis Colorado, ya había dado parte a las autoridades y éstas esperaban verlo aparecer al atardecer en un cayuco pulpero.

Después de haber juntado los bancos del cayuco y puesto el encendido encima, colocó unos costales en el plan, los humedeció con el agua de mar y se echó sobre ellos para recibir la humedad y no sudar; de cuando en cuando se humedecía los labios resacos con sorbitos del agua que pronto se terminaría.

Las luces del pueblo pronto se encendieron, desde ahí se podía ver su resplandor, el faro, la costa, tan cerca... y tan distante.

Jueves.

El oleaje se hacía cada vez más violento. Al romperse uno de los cabos que sostenía el fierro, el cayuco avanzaba veloz a favor de la corriente. Al levantar el segundo fierro, se encomendó fervoroso a la Virgen de "Chuiná", pensó en Marbella, en su hija, en su nietecito y sus amigos, pero no había tiempo de ponerse nostálgico, el cayuco hacía agua y había que achicarlo.

Viernes 7 A.M.

Ya en Campeche, Luis Colorado era noticia; el Gobernador de aquel entonces, licenciado Rafael Rodríguez Barrera, sus colaboradores, los licenciados Falcón, Santini, Flores. En Champotón autoridades municipales, Capitanía de Puerto, familiares y amigos se unían en la angustia de la espera agotando todas las posibilidades del rescate, los camarponeros ya habían sido avisados y los aviones trataban de encontrar el cayuco infructuosamente.

Sábado.

Amanece y anochece, otro día igual, sin agua, sin comida, solo en el intenso mar; terriblemente solo poseyendo en cambio una increíble calma y una fe inquebrantable.

Domingo 6 A.M.

Vio tres barcos en el horizonte —...*¡al fin!*, *¡qué alegría!*...—. Con un palo sonó latas desesperado, gritó, hizo señas con los brazos, y los barcos se alejaron sin verlo, pero no era momento para perder la calma, él estaba seguro que si habían embarcaciones, la barcada estaba cerca, pues se reúnen a pescar en grupos grandes. Se echó de bruces al plan del cayuco y puso toda su atención a los ruidos que el mar le transmitía.

1.30 P.M.

Se empezó a oír el ruido muy leve que se fue haciendo cada vez más fuerte su corazón latía acelerándose —*¡Ahí están!*—, tres barcos otra vez ¡y ahora se acercaban a él!

El "Santa Fe" como un premio a la esperanza nunca perdida se perfilaba ante él con toda su grandeza. La alegría de la tripulación fue enorme, encontraban al pescador perdido ¡y vivo!

Ya a bordo, se tomó dos potes de refresco de tamarindo, de una sola vez, el mejor refresco de su vida. A las 2 P.M. saboreó un riquísimo frijol con puerco y a las 7 P.M. entre charla y risas un reconfortante caldo de chocolomo.

Regresó a su cayuco a pasar la noche achicando, pues el capitán del Santa Fe no podía llevarlo a Champotón, ya que se encontraba frente a la barra de Ciudad del Carmen pescando y no podían interrumpir su tarea.

Lunes 9.30 A.M.

Al ver un viejo cayuco remolcado por un camarero, toda la población pesquera se volcó a la playa a recibir jubilosa al perdido y a escuchar su relato.

“VILLA”

“...Siempre he sido bravo y peleonero. Mi papá, me sacó de la escuela a los 7 años y me llevó al mar porque nadie me soportaba. Desde chico me pusieron ‘Villa’... tal vez por revolucionario...”

Cuenta don Claudio Sarricolea López, que primero ayudaba a su padre, don Roberto, a jalar la red y a los 10 años ya se había hecho pescador. *“...Aprendí a tejer redes, en esa época se hacían de ‘curricán’. Este era un material que se pudría al año; por lo que, cuando se ponía coloradito, se tenía que remojar en agua de cal; también se tenían que asolear diario... Ahora ya se cuenta con redes de nylon de seda o de filamento que no se rompen...”*

“Villa” es hijo de don Roberto Sarricolea y doña María López Góngora. Como sus ancestros, aprendió a salir a la vela, canaleta, palanca y remo. También usaba el trinquete que era una pequeña vela en la punta del palo, utilizada junto con la grande cuando el viento era calmo y sola cuando era duro.

Asimismo, don Claudio tuvo que vender el pescado en las calles de Champotón para subsistir. *“...Lo que son las cosas, antes había mucha pesca pero no se vendía, ahora es poca pero se vende más y a mejor precio...”*

Su esposa, Gladys Rosado Pérez, recuerda que ella aprendió a asar cazón para llevarlo junto con la pesca a vender al mercado de Campeche. *“...Nos íbamos en el camión de Carlos León, pues ahí pagaban mejor. Y cuando llegaba el tren de Mérida se llevaba todo el pescado que se vendía, por lo menos te traías a Champotón unos doscientos pesos de aquella época...”*

Dedicado al trabajo arduo con sus hijos, poco a poco fue comprando equipo para trabajar en el mar: *“...Nuestro primer cayuco costó mil trescientos pesos, era de madera, como de ocho varas y media...Así empezamos...”*

Don Claudio tiene 10 hijos, a los cuales procuró darle profesión. Claudio, "El verdugo", se dedica a la administración de su rancho; Guillermo, "Caracolito", es médico; José Luis, "Pellejo", va al mar y administra una bodega de pescado; Fernando, "Calabaza"; es cirujano dentista, pero sale a la mar y es el dueño de la bodega; Roberto, "La Piedra", trabaja en el mar y Juan Eduardo es médico. De sus hijas, Lourdes es maestra; Leonora es Administradora de Empresas e Instrumentista; María y Gladys son enfermeras.

A sus 68 años, "Villa" sale con sus hijos a la mar, a pescar al anzuelo huachinango. Este pez es considerado más fino que el pargo porque tiene muchas proteínas y es más caro que el pámpano. Cada uno vale de 25 a 30 pesos, por lo tanto, toda la producción es exportada a los Estados Unidos.

"...Antes se marcaba con cerros y árboles. Ahora se sale como a 45 millas y, además del Loran, se utiliza la video que es una pantalla que muestra a qué tantos metros de profundidad está el banco de huachinango... más arriba se puede ver la cojinúa y más arriba de ella, el carito..."

Y, de la misma manera con que sus hijos utilizan la tecnología moderna para pescar, también aprovechan su experiencia y sabiduría para sortear los miles de peligros que tiene el océano.

Dice don Claudio que a veces los boletines del tiempo no son exactos. Si les sorprende el norte lejos de la costa tienen que luchar en un marullo que llega a tener olas de hasta 12 metros.

"...Una vez, estando en alta mar, les dije a mis hijos que nos regresáramos a Champotón, que las nubes en forma de cola de gallo presagiaban mal tiempo, —¡no pasa nada, usted que tiene miedo papá!— me gritaron ellos. Ah, que al rato empieza el norte y así tuvimos que venirnos las tres lanchas al canto de las olas para que no nos pasara nada..."

Villa nos relata que han sucedido muchos incidentes en el mar, que una vez dos de los trabajadores de su hijo naufragaron mientras dormían; "...cuando se dieron cuenta ya tenían el agua a media lancha, como pudieron se agarraron a unos tanques y los amarraron a la proa, así estuvieron dos días, pero uno de ellos no aguantó..."

Doña Gladys Rosado Pérez, su esposa, dice que la vida de un pescador es muy arriesgada, pero confía en los conocimientos de su esposo y de sus hijos. “...Yo ya estoy acostumbrada, una vez mi hijo ‘Pellejo’ se desapareció por varios días; hasta se pidió un minuto de silencio durante un carnaval en Champotón...”

Cada vez que hay norte todas las familias salen a esperar a los que están en el mar o a ayudar a los que ya en tierra tienen que amarrar sus embarcaciones.

“...Esa vez, toda la familia se reunió, hasta mi hija María se vino del Carmen. Todas las lanchas se movilizaron pero no lo encontraron, ya para las 10 de la noche había llegado la última a la playa con mi hijo Roberto y la gente comenzaba a irse a su casa cuando... —¡Ahí viene otra lancha!—, alguien gritó; —Ahí viene ‘Pellejo’— me señaló mi marido; —¡qué va a venir!... ya ‘Pellejo’ se murió...—, le dije. Se veía una lucecita a lo lejos pero alguien venía haciendo señales... —¡Ay hijo por Dios!— dije cuando lo vi ya cerca...”

La fe de la familia Sarricolea es inquebrantable, los hombres, desde que salen a la mar se encomiendan a Dios. “...Yo se los encargo a la Virgen de la Caridad del Cobre que es la patrona de los pescadores y a la Virgen del Carmen...” explica doña Gladys.

El gusto por el mar es una herencia que ha legado don Claudio Sarricolea López a todos sus hijos. Ahora, como abuelo transmite sus experiencias a sus nietos que, tan inquietos como él, acuden al llamado de las olas.

“PATA DE MULA”

Su apodo, “Pata de Mula”, nació un día que al salir de la escuela se fue a pescar charal en la playa con una pitita de henequén. Al arrastrar poco a poco la pita, de espaldas a la orilla, no se dio cuenta y topó con una mula; ésta le lanzó una patada en la mano, lo que produjo que saliera gritando de dolor y susto.

“...A poca distancia estaba Chico Padilla reparando sus redes, al oír mis gritos y quejidos y ver lo que me hizo el animal me puso el apodo de “Pata de Mula”.

Don Luis Sarricolea López aprendió a pescar desde los ocho años con su papá. Con 300 pesos compró a don Xan Blasinda su primer cayuco de vela, llamado el “Bolín”, de 6 varas de largo y 6 paños de red de algodón. *“...con este cayuco pesqué media tonelada de cazón canhuay, fue una gran pesca en aquel entonces...”.*

En el año de 1959, “Pata de Mula” compró con facilidades de pago el primer motor fuera de borda que llegó a Champotón, marca Johnson, de 18 caballos de fuerza. *“... por cierto que los 2 mil pesos que pagué de enganche por el motor, me lo prestó el señor Oneciforo Sandoval, papá de Lupe Sandoval, quien en algunas ocasiones salía conmigo a pescar; el costo total del motor fue de 8,400 pesos con dos años de garantía...”.*

A la edad de 11 años acompañó a su hermano “Villa” a pescar en el cayuco “Josefa”, propiedad de su papá, don Fernando Sarricolea. Estando en proa pescó con cordel un pez espada.

“...por lo peligroso de la espada, alrededor de un metro de largo, mi hermano ‘Villa’, se acercó y le clavó un arpón en la cabeza y me dijo córtale la espada, y empecé a cortarla, pero en el centro se puso duro, pues era hueso, entonces fui a la popa a buscar un porriño para que golpear el cuchillo y cortar la pieza, pero en un instante se movió, quizás al sentir el dolor por los golpes del cuchillo; me enganchó los dos brazos y un pie, mi hermano me abrazó para no caer al agua; las cicatrices son testimonio de ello...”.

Al ver esto algunos pescadores, se acercaron para ayudarlos a matar al animal y subirlo al cayuco. *"...al fin lo encaramamos, el peso del pez espada fue una tonelada y se la vendimos al Sr. Juan Aguilar en 80 pesos.. Es bueno aclarar que la carne de este pescado es el mejor tasa-jo..."*.

En otra ocasión don Luis Sarricolea pescó un tiburón con cordel. El sedal se le enredó en la pierna y tuvo que meter el pie dentro de la paneta del cayuco para no caer al mar. *"...Soporté el dolor del tirón del tiburón, hasta que se reventó el cordel; éste se llegó a enterrar en mi pierna izquierda, dejándome una cicatriz..."*

Una vez, viniendo de Isla Aguada por la costa, en su cayuco de dos velas, se encontró con un viento de tierra o sueste muy fuerte. Al agarrar la escota, pegó un remolino y se cayó al agua.

"...pero no me solté de la escota, me arrastré en el agua, por más de dos kilómetros, hasta que se calmó el remolino, fui jalándome y llegué al guardín del timón, trepé con dificultad, pues estaba cansado pero con vida, a Dios gracias...estaba solo... generalmente así voy a pescar..."

Aunque casi nadie se lo cree, don Luis Sarricolea recuerda que en una ocasión pescó 19 tiburones. *"...como pude los traje en el cayuco 'Chamotón III', construido por el Chaparro Pérez; aguantó el peso de más de 4 toneladas. Es necesario decir que 8 tiburones se comieron entre ellos a pedazos..."*

Cierto día, al ir al pescar vio un manchón de peces, echó la tralla y lanceó, llenándose las redes de curucos con un peso aproximado de 5 toneladas, sin embargo, por una marejada se volteó el cayuco con todo el pescado.

"...el caso es que dicho pescado se nos pudrió, ya que se abolló el cayuco, pero de cabeza, y el aire estaba encerrado en él. Como pudimos, Serafín Alpuche, Salín Haydar, Manuel Delgado y yo, con una sogá a amarrada a la serreta le dimos jalones, hasta lograr ponerlo normal..."

"...Ya en el cayuco yo me empecé a reír. Salín me regañó y le dije:

—*¡Y qué más voy a hacer, no me voy a poner a llorar!—. Los dos galones de gasolina se derramaron y el agua quemó nuestro cuerpo. Nos fuimos a Champotón y pedimos auxilio a 12 compañeros pescadores, y regresamos por las 31 redes abolladas, nos dio mucho trabajo zafar los pescados de las redes, pues eran cientos...*

“Pata de Mula” ha tenido más de 7 cayucos que, según cuentan los pescadores, llegaban a Champotón llenos de pámpanos. Uno de ellos comentó que siempre se preguntaban: “...—*Bueno... y este Pata de Mula ¿cómo le hace?—...*”. Cuando lo interrogaban sobre sus lugares para pescar les decía: “—*¡Sígueme!—*”. Claro que en esa época sus cayucos tenían los modernos motores de 40 caballos de fuerza, haciendo difícil la persecución con la vela.

“...*Una vez, de tanto insistir les respondí: —Es que tengo marcado el lugar—. Como todos querían saberlo les dije: —Mi marca es... una nube en el cielo y... una vaca pinta en la carretera...—*”.

DR. FERNANDO SARRICOLEA ROSADO

"...Yo terminaba el cuarto grado de primaria, me daba clases el profesor Fernando Lanz, cuando el último día del curso mi papá me dijo: —tú vas a ser mi compañero—. No sé por qué se había separado de Cheo, 'El Gachupín', pero ese día lo sentí bien porque desde los dos años que me llevaba al mar, yo experimentaba la emoción de lanzar el anzuelo y jalar dinero, de tener ganancias; y mal, porque para mí fue una sorpresa que a los diez años él me eligiera a mí, un mocoso. Recuerdo que además me dijo —tu nada más vas a hacer lo que yo te diga...—".

A los 10 años, Fernando Sarricolea Rosado empezó a ir al mar. Mientras su padre, "Villa", desde proa le dirigía dónde poner el equipo y cómo jalar la red, él desde popa aprendía el oficio de pescador.

"...del diario me llevó al mar. Aún así, a pesar de que fue una chingadera, de sentir la vida ruda, de llegar al mercado en el frío de la madrugada para vender el producto, jamás abandoné la escuela..."

Fernando, a pesar de sus noches en vela, mientras trabajaba de pescador, terminó su primaria con mención honorífica y formó parte de la primera generación de la Escuela Tecnológica Agropecuaria No. 5 en Champotón.

Después, para estudiar la preparatoria en la Universidad del Sudeste, Fernando se trasladó a Campeche y aún así, cada viernes en la tarde, cuando llegaba a Champotón, se iba al mar todo el fin de semana para sostener sus estudios. Eso produjo que en la Facultad lo llamaran "El Tiburón".

"...lo mismo pasó cuando estudié Odontología en la Universidad, tuve muy buenas calificaciones. Cuando terminé quería tener una buena manera de ganarme la vida, estudiar una especialidad. Pero para ir a la UNAM se necesitaba saber inglés y el principal requisito: ser solvente..."

El joven doctor hizo el intento de trabajar de ayudante de sus maestros o como catedrático en la escuela pero, *"...no alcanzaba para vivir, me tuve que regresar al terruño, agarré mi lancha, dejé mis papeles y volví a la mar, como simple pescador..."*

El regresar a la actividad de pescador con una formación universitaria hizo a "Tiburón" ser un visionario, eso le atrajo obstáculos y envidias. Pero lo tomó con filosofía: *"...estas cosas te pueden aplastar o levantar el ánimo; pero de una lancha pasé a tener 3, 8, 12, 20 y hasta hoy 25. Además de vehículos, maquinaria de congelación, conexiones en México y el extranjero..."*

Cuenta Fernando que hace como 10 años todos lo tildaban de loco porque, para trabajar mejor, se le ocurrió implementar en sus lanchas el equipo sofisticado de los barcos de altura: computadoras como video sondas o radares marinos que le permitieran ubicar los bancos de peces y desplazarse en el mar. Ahora, mientras él trabaja con tecnología de vanguardia, los pescadores de toda la Península de Yucatán siguen con las mismas máquinas de una década atrás.

A sus 38 años Fernando se ha convertido en un empresario sólido que cree en la capacitación de los pescadores para asegurar la producción y la vida de éstos en el mar. *"...Todo pescador que sale a mar adentro no va solo, se acompaña con dos unidades más. Además, llevan siempre una vela y un palo para regresar con el viento..."*

Explica que hace dos años le sorprendió un norte huracanado en mar adentro, en el centro del Golfo, mientras trabajaba con dos de sus unidades. *"... ese día había pasado mala noche, pues teníamos una producción muy buena. Llegó la tarde y el cielo se puso horrible. Me dormí como a las once de la noche y, cuando abrí los ojos por los gritos de mis compañeros, alcé mi mano para sentir la lluvia y dije —¡se acabó todo, no esperen que nos salvemos!—. Levantamos ancla y a correr. Mientras agarraba el timón, ordené que se inmovilizaran los equipos y tiraran el hielo para perder peso, pues la lancha se estaba hundiendo..."*

"...Después de una hora yo sabía que llevábamos todas las de perder y entre la penumbra, mientras buscaba desesperadamente en la computadora la dirección al puerto, oí el sonido de una ola gigante. No la vi, era un ruido ensordecedor que se venía rompiendo y desbaratan-

do. Cuando pasó la onda nosotros estábamos volcados y la lancha hundiéndose. Me dije —Dios mío, ayúdame!—. En ese momento nos abrazarnos sin soltar el mando del motor y la unidad se fue volteando poco a poco hasta que quedó en posición normal...”

“...Los compañeros comenzaron a sacar el agua con tanques pero la lluvia era mucha, la lancha se seguía hundiendo. Ante la fuerza del viento y la excitación de un resultado tremendo, de zozobrar, como pude les grité: —¡tanque! ¡cuchillo!—. Ellos escucharon eso y echaron los tambores al mar y la lancha se volvió a levar. Sin parar el motor, a baja velocidad, dejamos que el oleaje nos dirigiera a puerto... Hasta las 10 de la mañana llegamos al Champotón...”

A pesar de la tecnología y de la gente capacitada, para “Tiburón” lo primero es tener fe en Dios. “...no lo van a creer, pero ya son varias veces que salimos a la mar y pasamos la mayor parte del día sin producción, hasta que rezo un Padre Nuestro o hago una plegaria diciendo —Dios mío, ayúdame. Ayúdame porque lo estamos trabajando...—. Inmediatamente me cambia la situación y comienzan a llenarse las neveras...”

Aún cuando es el propietario de la bodega “Sarricolea”, Fernando se considera uno más de los pescadores. Espera ansioso los días de bonanza para salir al mar en sus unidades, aspirando lograr una buena producción y hacer crecer a su empresa.

Cuando hace referencia de lo que significa ser pescador, “Calabaza”, como también le llaman, argumenta que antes el ir al mar era algo emocionante: “...ahora esa emoción pasó a ser necesidad. Ser pescador es una aventura porque no sabes si vas a traer producción. Hay quienes tienen buena o mala suerte. No se necesitan grandes estudios, sino ser curioso, aventado, que te guste el mar y que sepas trabajar...yo soy pescador, para mí ir al mar es emoción, riesgo y lo gozo... por eso a mí siempre me va bien...”

“POLO”

Cuando conversa lo hace con la gracia del pescador que no le da mucha importancia a la rutina de su vida diaria; para él el encontrarse con un tiburón cara a cara o quedarse con el motor averiado en alta mar, son solamente contratiempos del trabajo.

Leopoldo Cosgalla Delgado, junto con sus hermanos Juan Manuel, Javier, Mario, Víctor y Luis, forma parte de la segunda generación de su familia que se ha dedicado al mar. Todos ellos aprendieron de Leopoldo Cosgalla padre, quien primero fue chiclero y después pescador por 20 años.

“Polo”, como los champotoneros lo conocen, nos da una visión diferente del pescador, habla con profesionalismo de la tecnología moderna aplicada a la captura de las especies marinas. En una explicación sencilla y elocuente nos informa de sus conocimientos adquiridos en cursos de capacitación impartidos por gente experimentada.

“...Salimos a las 5 ó 6 de la mañana, con sólo un poco de comida para desayunar. Los pescadores de antes no se iban muy lejos, ahora con el LORAN, un aparatito navegador que trabaja con el satélite, puedes marcar los lugares... es como una computadora, pues cuando encuentras el banco de peces le pones un número o código que registra el satélite. Si al otro día o a la semana quieres regresar ahí sólo pones el numerito y el aparato te va indicando por donde te vas, cuando estás en el lugar te lo señala con un sonido...”

Con el cansancio que demuestran sus ojos y su piel curtida desde los 7 años de edad, Don Polo nos explica que en la actualidad, los cayucos utilizan video sonda, pequeña computadora que permite, a través de diferentes manchas en la pantalla, identificar los bancos de peces.

Don Polo cuenta que en época de caracol y agua clara bucea con compresor, un motor que le envía aire a través de una manguera. Esta a su vez sirve como medio de comunicación, a través de jalones entre el buzo y los demás pescadores en la superficie.

En una ocasión, buceando el caracol a 8 brazas aproximadamente, sintió que jalaban fuertemente la manguera por donde respiraba, como no era la señal convenida, lo pensó un rato pues sentía tranquilidad en el fondo del mar, pero al repetirse varias veces, notó que algo sucedía. Decidió salir a flote para regañar a sus compañeros de abordaje y se encontró con un pie de viento, tan fuerte como un huracán.

“...los muchachos se encontraban agarrados hasta con las uñas para no salir volando. Con mucho trabajo logré subir a la lancha y a insultos la emprendí con ellos por no haberme prevenido. Ellos aterrados gritaban que no podían soltarse para avisarme. Para acabarla de amolar el motor del cayuco se paró y entre jalones desesperados logramos, con sólo una bujía funcionando, ponerlo en marcha. Ibamos despacito hasta que encontramos a Sarricolea quien nos remolcó a la costa...”

Mientras su hijo hace la tarea, Don Polo comenta con preocupación: *“...no me gustaría que fuera pescador, la vida del mar es muy difícil y poco remunerada, quiero que estudie y se prepare para que tenga una profesión donde su vida no peligre todos los días...”*.

“SI-DO-RE”

“...Mi primer trabajo en el mar fue con el señor Pastor Cetina Rebolledo, originario de Seybaplaya, patrón del cayuco de nombre ‘José Jesús’...”

Don Manuel Delgado Rivero, de 64 años de edad relata que en un principio se dedicaba a la pesca de vivero. En un cayuco pequeño, forrado con huecos se metían los peces que atrapaban para conservarlos y venderlos vivos cuando iban al mercado.

Después “Si—Do—Re”, como lo conocen los champotoneros, se dedicó a la pesca mayor, saliendo a la vela, canaleta y vara hacia los pesqueros, pues en ese tiempo no habían lanchas de motor. *“... el problema era que a causa de los bulkines uno no podía retornar al puerto y había la necesidad de fondearse hasta por dos días...”*

En una ocasión, trabajando a la vela con “Villa”, les pegó una turbonada de la parte de tierra. *“...Se canteó el cayuco y se fue al fondo del mar. Nos quedamos flotando, pero lo extraño del caso fue que se acabó el viento. Perdimos todos los aperos de pesca, solamente nos quedó el vivero que veníamos jalando. Esto fue como a las 3 de la tarde. Como no llegábamos a Champotón, don Candelario y Silvestre Ancona, salieron a buscarnos. También iba el cayuco de don Rosendo López, ‘El Gachupín’ al mando de Cheo, su hijo...”*

Don Manuel, durante sus 35 años de pescador manejó el arpón, el anzuelo, redes pampaneras, robaleras, licera común y chinchorro de arrastre a mano.

“EL CUXO”

Don Candelario Delgado Rivero es un champotonero de 60 años que antes de dedicarse dos décadas a la pesca de ribera era campesino.

Cuenta “El Cuxo”, como le decían, que cierta ocasión, llegando a la orilla, como a tres brazas de profundidad y con tres toneladas de cojinúa, se encontró con un pie de viento que viró su cayuco y en segundos se fue al fondo, abollando a los 60 minutos.

Antes de la carretera, se viajaba a Campeche en un barco de vela, llamada “Alfonsina”, duraba el viaje de 7 a 8 horas, (cuando había buen viento) y de uno y medio a dos días cuando había calma o al garete.

“...Nos salvamos nadando hacia la orilla que distaba 2 kilómetros. Mi hijo de 10 años y yo nadamos y flotamos agarrados de unos tablones y un tanque de gasolina, duramos 4 horas en llegar a la orilla y corrimos a la carretera Champotón—Sabancuy gracias al grampín se mantuvo fijo el cayuco y lo rescatamos junto con las redes, pero en cuanto a la pesca toda estaba podrida...”

En cierta ocasión, cuando se dirigían apresuradamente a Champotón, se paró el motor. Al revisar la máquina para ver si, como otras veces, se había tapado el carburador, se dieron cuenta que un pistón se había roto. Y la propela, que en otras ocasiones llega a safarse al quebrarse la chaveta, se había amarrado.

“...estuvimos más de doce horas al garete. En eso pasó otro cayuco, no muy lejos de nosotros, y pedimos ayuda con gritos, chiflidos y, por último, con señas por medio de una bandera de color negro; pero no se dieron cuenta y se fueron. Entonces nos armamos de valor y decidimos improvisar una vela con unos costales y con unas tablas remamos buscando la costa y logramos llegar después de casi 26 horas...”

Otra aventura fue con Carmen Ancona. Se fueron con un cayuco de vela a capturar cazón al Pesquero, donde abundaban. Cuando llegaron, vieron que estaba pescando "Pata de Mula" y cuando terminó de pescar se regresó a Champotón con sus cayucos de motor.

"...Cuando nosotros terminamos de pescar había calma, o aburrientes, en el mar y queríamos ir a Champotón pero no se podía, porque la vela no recibía aire. Entonces decidimos, con el timón agarrado y el canalete como remo, remar buscando un punto para el puerto y así después de 15 horas llegamos a Champotón..."

“CIRUELERO”

“...En tiempo de ciruelas, mi primo Eugenio siempre encontraba pocas al irlas a bajar de la mata en el solar de su casa... Cuando yo salía de la escuela pasaba por ahí y decía que iba al patio a orinar, mi tío Román me decía: —pasa hijo... pasa, estás en tu casa—. Ya estando en el terreno me subía a la mata de ciruela, llenando mis bolsas y mi mochila... Pero un buen día mi tío me descubrió y me pegó. Al llegar a mi casa me tundieron más fuerte. Después de eso mis compañeros de la escuela me decían ‘Ciruelero’, fue así como se quedó mi apodo...”

A sus 53 años de edad, don Ramón Delgado Rivero recuerda que de los 35 años dedicados al mar, la mejor pesca que tuvo fue el capturar tonelada y media de pámpano.

“...cada pez era como de 3 a 4 kilos. ‘Si—Do—Re’ y yo salimos a pescar y ya en el mar nos dimos cuenta que nuestro cayuco estaba sobre los pámpanos. Esperamos la calma del viento y como a las cinco de la tarde agarramos el canalete y lo lanceamos, cercándolo con 6 paños de red...”

Don Ramón nos relata que en ese momento se inició el “tiroteo”, ruido que, al entrar y salir del agua, hacen los peces al sentirse cercados y duró de 5 a 15 minutos. Como las redes se encolchan y se van al fondo si se dejan más tiempo, se dedicaron a levantarlas.

“...dejamos que se embolse la red y la jalamos rápido en 20 o 30 minutos, subiéndola al cayuco. Ya camino de regreso, poco a poco se va limpiando la red, es decir, se van sacando los pescados enredados y se echan al plan del cayuco...”

“...Cierta día, en el año de 1995, fuimos a pescar huachinango como de 10 a 11 brazas. Nos asustó una tortuga grande, llamada ‘chalupa’ como de 5 metros de largo por dos y medio a dos ochenta de ancho, la acompañaba un cardumen de esmedregal. Capturamos 36 peces con anzuelo y como eran muchos lo lanceamos y capturamos una tonelada. Esta tortuga en extinción es la más grande que conocemos y

siempre que la vemos nos asusta su color negro, sus 3 quillas y gran tamaño. También, si no la atacamos aprovechamos su presencia, pues siempre va junto a ella un cardumen, debido a que al estar nadando va comiendo y los restos que deja, lo comen los peces..."

"...En mis treinta y cinco años de pescador no he tenido desgracias, sé nadar y aprendí que un buen pescador es aquel que cuida su vida, y para esto tienes que ver el estado del tiempo, tanto antes de salir, como ya estando en plena pesca. El movimiento de las nubes, las corrientes, dirección y color del agua y de los vientos, son las cosas con que cuentas para cuidar tu vida. Hoy los nuevos pescadores no saben nada de esto y muchos ni saben nadar, por eso se ahogan frecuentemente..."

Según don Ramón, los percances los ha sufrido en tierra, pues una tarde, en la avenida Carlos Sansores Pérez, lo atropellaron, fracturándole la cadera y los pies.

"...buen tiempo estuve sin trabajar, pero vivo; otra recientemente, al subir por una escalera, ésta se rompió y caí de una altura de 3 a 3 1/2 metros, y mi pie izquierdo se volvió a fracturar, como vemos, en el mar nada, en la tierra lo más grave..."

JUSTINO RAMIREZ PACHECO

"...A mí no me sucedió ningún percance en el que peligrara mi vida, pues siempre guardé todas las precauciones debidas, aunque fui testigo de muchos sucesos..."

Don Justino Ramírez Pacheco, dedicó 55 años de su vida a la pesca, entre otras especies del tiburón, cherna y robalo. Sus avíos de pesca, la tarraya, el clavo y el arpón, lo hicieron experto sobre todo en clavar lagartos y tortugas en el río.

"...Al principio, la palanca o remo eran el medio de locomoción de los cayucos. Uno se impulsaba principalmente con la vela y el conocimiento de los vientos..."

Comenta don Justino que durante el tiempo que usó motor fuera de borda jamás utilizó los servicios de un mecánico, pues no habían en Champotón, por lo que tuvo encontrar la forma de ser su propio técnico.

Una vez su hermano Domingo salió a la mar y se fondeó a la altura de la piedra de Macanché, frente a Champotón, cuando sorpresivamente se le presentó un bulkin. El golpe del agua en el cayuco le botó una tabla, por lo que empezó a hacer agua el bote.

"...Filiberto y yo salimos a buscarlo todo el día y no lo encontramos, por lo que tuvimos que reportarlo a la Capitanía de Puerto de Champotón. Ya por la noche telefonamos a los lugares a Isla Aguada, Sabancuy y Chenkán..."

Como la comunicación en esa época se hacía con teléfono de manigueta, se tardaron en averiguar que Domingo Ramírez estaba en Chenkán. Don Pablo Chi, quien en ese tiempo se dedicaba a transportar copra de Chenkán a Campeche, lo trajo sano y salvo a Champotón.

FILIBERTO RAMIREZ PACHECO

Cuando don Filiberto Ramírez Pacheco trabajaba en el mar, tanto el bote como el cayuco se manipulaba a la vela y se ayudaban con palanca o remo.

Hubo un día en que don Filiberto salió con sus compañeros a lancear pámpano cuando oyó que se tiró una raya. Este animal, a manera de retozo toma impulso, agarra velocidad y se eleva tirándose hacia atrás. En su caída produce un ruido fuerte, sonido que sirve al pescador para darse cuenta de su presencia.

Quisieron localizar la raya pero no la encontraron; al mismo tiempo, a la luz de la ardentía, se dieron cuenta que había un cardumen grande de tiburones. En ese momento se abstuvo de clavar el arpón porque la sondaleza no estaba puesta en la argolla de la proa del cayuco.

“...al fin me decidí a clavar un tiburón, al hacerlo el animal salió huyendo al sentirse herido de muerte, la sondaleza se fue deslizándose entre mis manos. Al no haber argolla y sentir que se me estaba acabando la cuerda, le hice firme al pez y éste me tiró al agua...”

Don Filiberto logró subirse al bote para seguir al animal a través de la luz de la ardentía y alcanzó a agarrar la sondaleza. *“...Tiré de ella, pero el segundo arpón que llevaba el apero de pesca me trozó el dedo meñique de la mano izquierda, quedando colgado de un pellejo. Ya con esto el tiburón se fue y yo tuve que ver la manera de estancarme la sangre porque era abundante, así fue como agarré un trapo con gasolina para vendarme la mano...”*

Esta aventura provocó a don Filiberto un pequeño trauma que le impidió regresar al mar por casi 6 años.

“CHAFLAN”

Tiene 67 años de edad y 30 de pescador, es de la época del cayuco con vela, chinchorro, palanca y canaleta. También estuvo 20 años en la captura del camaroncito.

Don Antonio Trejo Covarrubias cuenta que a la edad de 12 ó 13 años, comenzó a trabajar el chinchorro. Se acompañaba con don Juan Aguilar Naal y sus hermanos Antonio y Víctor, sus pesqueros eran frente a Sihó y Niop, las Trancas y la Punta del Copó.

“...Un día, en un cayuco de 8 varas llamado ‘El Golfo’, nos fuimos a la vela hasta Costa Blanca, a pescar a la altura de Niop y que se presenta un chubasco. Comenzó a soplar un viento fuerte, Juan le gritó a Víctor: —¡aferra el trinquete que nos va a chingar el chubasco!—; no había terminado de decirlo cuando se viró el cayuco. Como era de madera lo pudimos voltear y empezamos a achicarlo con un lek y hasta con las manos... perdimos todo... así seguimos hasta el pesquero...”

En otra ocasión fueron a trabajar al chinchorro, con todo y arpones por si encontraban tiburones.

“...Como a un kilómetro de la orilla, a la altura de un lugar que se llama Las Trancas: vimos una ardentía y alguien gritó: —¡sígalo!—; agarramos los canaletes y con el impulso de la vela el cayuco llegó a buena distancia de un tiburón y lo clavaron. El animal, al sentirse arponeado atirantó la sondaleza y Juan Aguilar, el arponero se fue al agua, pero más tardó en caer que ya estaba subiéndose al cayuco de nuevo...”

Víctor Aguilar oyó que Juan, su hermano, le gritaba que el pez se había llevado la sondaleza, siguieron su trayectoria en la ardentía y recuperaron el cordón con todo y tiburón, en eso estaban cuando recaló un cardumen grande de cazones y los lancearon, capturando cien de buen tamaño, en ese momento todavía se acercaron 2 tiburones más que dejaron ir.

EULOGIO BARRERA MEZQUITA

Don Eulogio tiene 53 años de edad y vive en Pozo Monte. Hace 7 lustros llegó a Champotón y aquí se hizo pescador, con un cayuco construido por el maestro Paredes.

Está casado con Aída Méndez y, de sus 9 hijos, 3 han seguido su trayectoria. Ahora se han dedicado a capturar jaiba y pulpo, así pasan más tiempo en tierra, con su familia, y tienen más seguridad.

Don Eulogio vendió su cayuco por estar jugando para "ganar fruta con baraja" a un muchachito de 16 años, quien insistentemente le pedía comprarle el bote. *"...un día se me ocurrió decirle: —si me das 20 mil pesos te lo vendo— y que va sacando el muchacho el dinero de su pantalón, ni modos, se lo tuve que vender..."*

Se fue a Mérida y consiguió un bote de fibra de vidrio con un motor de 25 caballos de fuerza; empezó a ir a alta mar, ahí lo regañó un camarero, pues nadie se atrevía a salir tan lejos y menos con un muchacho de 13 años, su hijo Moisés. Otros viejitos camareros le aconsejaron mandar a construir un barquito de 30 pies. *"...yo les dije: —¡no tengo dinero!— y me explicaron que de lo que ganaba poco a poco le diera al constructor, que el motor vendría después..."*

Regresando de ese viaje, don Eulogio hizo el contrato y empezó a pagar el barco. Cuando se terminó de construir acudió a "Cachito" Uribe, quien le dio un motor Perkin de 4 cilindros y empezó a trabajar con él.

A los 2 años tuvo su primer accidente, se quedó 12 días en alta mar. Iban con él Enrique Poot hijo, Moisés (su hijo) y Gustavo Uc. Su hija, en tierra, desesperada por la tardanza de su padre, habló con oficiales de la Secretaría de Marina y ellos se comunicaron a todas las embarcaciones para pedir que los llevaran a puerto si los encontraban.

"...los 3 últimos días ya los muchachos estaban enloqueciendo, se querían tirar al mar, yo no podía dormir por estar cuidándolos. El último día me dormí y soñé con mi suegra que me decía: —¿qué haces

aquí?... ¿por qué no vas a la casa?... vamos para que conozcas a donde estoy— y en el sueño me di cuenta que estaba hablando con una muerta. La seguí hasta una quinta con muchas flores de distintas clases y colores; era algo precioso, era maravilloso. Llegamos a una casa de cristal, sacó dos platos de vidrio, vi un pollo y un cuchillo hecho con una piedra preciosa, al tiempo de agarrar el plato oí que me hablaban: —¡Eulogio, levántate!—, pero en lengua maya, volteé a ver pero no vi nada, solo la luz del barco...”

Don Eulogio se sentó sobre la red y el hambre y la sed se fueron. Se sintió bien y le habló a Gustavo que estaba abajo, en las literas: “...¿cómo te sientes?... ¿no tienes sed o hambre?... ¿ves la luz?... Oye, ese barco nos va a llevar a Champotón, pero va a pasar muy lejos...”. Vio su reloj, eran las 5 de la mañana y dijo: “...cuando se enfrente al Este veremos si se va o viene a nosotros...”.

El barco tardó una hora en ir al Este, se subieron a la caseta e hicieron señas con antorchas y una manta roja. A las seis y media de la mañana llegó junto a ellos, era barco petrolero, con americanos. Un muchacho que hablaba poco español les preguntó con señas, le explicaron que estaban ahí hacía 12 días pues entre 4 no podían con el ancla.

Amarraron el barco con un cabo de seda para remolcarlos a Lerma, les bajaron agua y comida, pero don Eulogio no pudo alimentarse, se enronchó al primer bocado.

“...imagínese, seis días sin agua y comida, rezando para que nos rescataran. Ellos si comieron pero yo no pude hasta que llegué a mi casa. El doctor me tuvo que inyectar para que pudiera comer. Después, reporté mi llegada y Raúl Uribe me dio un alternador para que arreglara el motor y trajera mi barco a Champotón...”.

“PICHITACA”

Don Agustín Castillo es de esos personajes que se convierten en leyendas para los pueblos, por las aventuras y enseñanzas que legaron a sus semejantes.

Cuenta don Guadalupe Sandoval que en sus años mozos se paraba en la playa a pedir que le dieran chance de ir a pescar. Muchas veces acompañó a don Pichitaca y a su hijo Tacho (mejor conocido en Champotón por “Pistola”).

“...Una vez, estando en el pesquero, frente a Niop, don Agustín se dirigió a nosotros y nos dijo —¡chamacos, a preparar engodo!—. En ese tiempo el engodo era caracol conocido como lanceta que se mascaba con la boca y se escupía un trozo de carnada fresca...”

Don Agustín les señaló una cherna de regular tamaño y como a los 5 minutos de haber tirado su cordel sintió el jalón y le ordenó a su hijo Tacho preparar el anzuelo grande para así engancharla y subirla al cayuco.

Tacho no logró prender la cherna y ésta regresó al agua. Molesto don Agustín le explicó a su hijo: “...—¡Esta cherna en el mercado fácil diez pesos!—...”. Preparó nuevamente el cordel, persignándose dijo: “...—lo que va a ser tuyo es tuyo—...” y lo tiró en el mismo lugar. Al poco tiempo gritó: “...—¡Chamacos, más engodo!—...”. Nuevamente sintió el jalón y llamó a su hijo: “...—¡Tacho, Tacho, el anzuelo grande!—...”. Pero Tacho, por estar comiéndose la lanceta no logró sujetar la cherna.

“...Nuevamente don Agustín preparó su cordel diciéndome: —Lupe, lo que va a ser tuyo es tuyo. ¡Sigan tirando engodo chamacos!—. Por tercera ocasión la cherna se enganchó, pero esta vez no llamó a su hijo, pues el pez se tragó el anzuelo y fácilmente pudo subirla. Me presumía: —No te lo dije Lupe: Lo que es tuyo es tuyo—...”

“...enseguida ordenó a Tacho: —¡Mete la cherna en el vivero que para mañana, fácil doña Julia Herrera nos dará trece pesos para que la

guise en su jugo—. Como la boca del vivero era demasiado chica para el animal, Tacho sólo lograba meter la mitad. Al ver esto don Agustín le dijo: —¡no se te vaya a caer la cherna!—... y como maldición, que se le resbala y se va al agua. No le quedó más remedio a don Agustín que decir: —¡Coño! ¡lo que no va a ser tuyo no va a ser tuyo!—...”

En otra ocasión don Lupe Sandoval los acompañó hasta la piedra ósea, frente al Pich, en esos tiempos equivalía salir a 20 brazas, iban a la vela, canaleta o palanca.

“...a lo lejos vimos una Ixmoa y todos gritamos: —¡Vamos a clavarla!—. Pero al lograrlo, el tiburón tesó la sondaleza que estaba amarrada a la proa y nos comenzó a arrastrar. Parecía que llevábamos un motor de 40 caballos de fuerza. Frente al Pich había un arenal y hasta ahí llegó el animal...”

Cuenta don Lupe que la Ixmoa se varó pues estaba cansada. Cuando se bajaron del cayuco, “Pinto”, el perrito que siempre los acompañaba, confiado aprovechó el momento para levantar la pata y mear al pez. Pero se acercó tanto que el tiburón se lo tragó.

“...Encabronado, don Agustín tomó el palo del timón y a garrotazo limpio le pegó a la Ixmoa hasta que ésta abrió la boca y dejó salir a “Pinto”. El pobre perrito jamás volvió a acompañarlos...”.

“CHOCHO”

“...Mi hermana no podía pronunciar Alfonso, por eso me dicen ‘Chocho’...”

A sus 68 años, don Alfonso Uribe Reyes recuerda que fue uno de los pocos arponeros que en las décadas de los 50's y 60's se dedicaron a la captura del tiburón.

Cuenta don Chocho que un día salió a la pesca acompañado por su hermano “Cacho” y Frank “El Perro” Hernández. *“...De pronto, entre el sargazo, vieron un tiburón. Frank lo clavó en el mero cogote y exclamó: —¡ya maté a este hijueputa!—. Lo jalamos como perro, de todas formas le clavamos otro arpón y vimos que ya no se movía. Le pegamos 10 madrazos con un bate de jabón e intentamos subirlo. El animal al sentir la borda, pegó el madrazo...—¡Ah hijueputa, estás vivo!— gritamos todos. Le pegamos otra madriza, aunque con un poco de miedo. Al subirlo de nuevo, ¡zaz! otro cabronazo. —¡Ahora me toca a mí!— dijo otro compañero y otra madriza, claro que con miedo porque podía jodernos, pero ya arriba empezó a echar madrazos y todos a correr espantados dentro del cayuco... claro, por cualquier cosa nos tiramos al agua. Del miedo ni le quitamos el arpón. Todos dijimos: — ¡este es el diablo!—...”*

Era la época del cambio en la pesca. Aparecieron los primeros motores fuera de borda y don “Chocho” era feliz poseedor de uno de ellos. Lo quería tanto que había cambiado el timón por el motor.

Un día salió a pescar acompañado de su hermano Alberto “Choclo”, “Molenillo” (Carlos Ancona) y el experto arponero Frank o Francisco “El Perro” Hernández. Este último clavó un animal que vieron entre la ardentía *“... y que se viene el hijueputa hacia el motor, directo a la propela que venía trabajando en neutral. —¡Cuidado!— grité y pegué el brinco hasta medio cayuco. Casi me mordió la nalga. Paré el motor y otro arponazo, le colocamos el anzuelo, lo subimos y procedimos al clásico garrotazo. Cuando subimos el motor, el cabrón tiburón le había quitado un pedazo a la propela...”*

Otro día salió don Chocho a pescar acompañado de su hermano Cacho Uribe, Frank y un amigo "...le decían 'Pico, El Rey de la Cherna', pues era un chingón para bucear a puro pulmón ¡Nada de aparatos! Como a 13 kms. de Champotón, en un sitio conocido como 'El Ojo de Agua', había mucho manatí. Clavamos uno y lo subimos sin problemas a pesar de la fuerza del animal. Como estábamos cerca, más o menos a 100 mts. de la orilla, arrancamos el motor y lo llevamos a la playa, —¡vamos por otro!— gritamos. Que lo vemos y ¡Lámpara! le arriamos el cabronazo, —¡vamos a subirlo!— ordené. Claro, el más chico, releado como madera, lo subimos rápido. Pero éste: —¡arriba cabrón!— jalábamos. —¡No viene, no viene...Sí va...!— decíamos todos y como estaba bajo... ¡hundió el cayuco! Afortunadamente todo estaba tranquilo y no hubo problema. Lazado como toro, lo arrastramos hasta Champotón..."

“EL CHURRO”

Cuenta don Enrique Poot Vázquez mejor conocido como “El Churro”, que en tiempos de don Octavio Sánchez “Tabich”, había un señor llamado Pedro Chablé que compraba pejelagartos, los cuales se capturaban en Playa Azul (arroyo de Chenkán).

A pesar de que don Leovigildo Calderón y don Juan Aguilar eran expertos en la pesca de esos animales, no tenían suerte. “...¿qué pasa?—, nos preguntaba don ‘Tabich’ y yo le comenté que el problema podría estar en el tamaño de la malla usada que era de 4 y no de 3 pulgadas...”

Para probar su teoría don Enrique pidió ocho rollos de hilo y en una semana tejió dos paños de red. En el primer día de trabajo se capturaron de 4 mil a 5 mil animales y, vendiendo la pieza a 60 centavos, saturaron el mercado. Todos decían: “...—¡“El Churro’ es un brujo!...”

Había en esa misma época un tabasqueño llamado José Valladares quien, con su inseparable morral, seguía siempre al grupo de don Enrique en la captura del pejelagarto, aunque simplemente se dedicaba a recoger las mojarra llamadas castarricas. “...Una vez que hubo demanda de esta mojarra fuimos a pescar y todos me reclamaron: —¿¿para que llevas a ese flojo?!—... —¡Ahorita van a ver qué hace ese flojo!— les contesté...”

Profundo conocedor, “El flojo” observaba que al paso de la red, la mojarra se escondía entre el fango, de esta forma, les fue posible capturar 6 costales de castarrica. “...ese día dijo don Tabich: —¡Cosa increíble!— y complementó ‘Patadita’: —¡el que anda con ‘El Churro’ no se muere de hambre!...—.

Esa misma tarde, en el último lance, apareció un cocodrilo y se sumergió en el fango. “...todos se espantaron. Un amigo, al que apodaban ‘Panchón’ dijo: —¡a quien lo capture le ofrezco una recompensa!—. pues pensaba llevar el animal al Gobernador Rodríguez Barre-ra. —¡Dios mío, que no me toque a mí!—, pensé mientras nos poníamos a buscarlo tanteando el piso...”

De pronto, don Enrique pisó el cocodrilo y llamó a los demás: “...—¡Lo tengo!... ¡lo tengo pisado por la cabeza!—”. Al acudir los otros amigos, le dijeron: “—¡no te muevas, no es la cabeza! Lo tienes pisado por el tronco—...”

Mientras sudaba la gota fría, “El Churro” esperó que sus compañeros capturaran al cocodrilo, “...pensaba que podía perder las extremidades, pues mientras pisaba al animal éste movía la cabeza de un lado a otro, cerca de mis piernas...”. Después de todo le dieron un trofeo por su hazaña.

En otra ocasión, mientras se dedicaba a tarrayar pescado para don “Tabich”, el sobrino de éste indicó: —¡aquí viene uno que te va a apantallar!—. Era don Adelfo Calderón “Patadita”, excelente pescador, quien orgulloso dijo: “...—¡traje cordel!... ¿hay lisa?—...”

“...una vez preparado el cordel, lo tiró en aguas bajas del arroyo de Chenkán, de pronto, escuchamos los gritos de don Adelfo que decía —¡me lleva, me lleva!—, todos nos reímos y exclamamos, —¡puras pendejadas tuyas, ‘Patadita’! ...¿cuál tiburón?...— grande fue nuestra sorpresa al ver un tiburón llamado ‘Reberín Amarillo’, que había entrado al arroyo y mordido el anzuelo de don Adelfo. Corrimos a salvarlo y después festejamos con alegría el suceso...”

Cuando don Enrique Poot tenía 15 años, en la flor de la juventud y ansioso por demostrar ya su madurez, escuchó un día con agrado a su maestro don Asunción Martínez que le dijo: “—...ya estás grande Enrique para que salgas a tu aventura. ¡Hoy me voy a emborrachar! ya conoces los lugares donde pescan los gachupines. Desde que te quites, marca tu lugar, hay una poza llamada Macanché. Tiras tu red, si no ‘arde’ el agua quédate ahí—...”.

En fin todas las recomendaciones posibles. “El Churro” se hizo a la mar, siguió las instrucciones y tirando la red: “...¡que me la estaban quitando!... ¡mucho pescado!... ¡como nunca volveré a ver en mi vida!—...”. Dice don Enrique que cuando la estrella marcó la hora no podía solo subir todo el pescado. El cayuco quedó canteado por el peso. Y, como no pudo preparar las velas para el regreso, se tuvo que regresar a pura palanca.

Cuando llegó a Champotón, el patrón se paseaba inquieto en el muelle, pues todo había sido broma. Estaba medio borracho y no se acordaba que lo había mandado a pescar "...—*¡ya vino cargado el barco!*— le dije a don Asunción y el me contestó: —*¡pues qué bueno, porque no creí que llegarías!... ¡desde ahora eres maestro muchacho!*—..."

Dice don Enrique, que por esa época vivía un señor llamado don Aureliano, dueño del cayuco "La Rosita". En tiempo de pulpo, había demasiado producto, se agarraban hasta 400 ó 500 kg. El, sin embargo, agarraba poco, de 100 a 150 kgs. Don Mauricio, primo de don Aniceto Macari, era el comprador. "...—*¿A cómo va a pagar?*— le preguntó don Aureliano. —*A 60 centavos*— respondió don Mauricio..."

Cuenta don Enrique que don Aureliano se fue al mar y por primera vez en su vida le sonrió la fortuna, pues capturó 8 sartas de 70 kg. haciendo un total de 560 kg. Al entregar el producto, le dijo don Mauricio: "...—*Aureliano, como ha habido mucho producto te voy a pagar a 40 centavos, no a 50 como quedamos*—..."

"...—*Don Aureliano se quedó pensativo por un segundo, recogió sus sartas y dijo: —¡pues a chingar a su madre... ni para ti ni para mí!*— Y con el asombro de todos, se enfiló al centro del río y arrojó el pulpo. —*¡mejor me voy al chicle!*— le gritó..."

Tiempo después, Don Aureliano bajó de la montaña y se hizo de nuevo a la mar en "La Rosita". Sin embargo, su pericia y fortuna seguía con mala racha. Encontró a don Enrique Poot, que ya se encontraba listo para el regreso de la pesca del carito, en la piedra de Chín.

"...—*¿Qué has hecho?*— me preguntó don Aureliano. —*¡Ya estoy listo!*— le respondí, para sorpresa de él, pues acababa de llegar. Como siempre, le dije que fondeara a 20 mts. de ahí, en un pesquero que yo conocía y le dije —*¡Ahí te está esperando la pesca!*— Claro que era medio vacile y medio cierto..."

Don Aureliano tiró el anzuelo e inmediatamente se le colgó una cherna de 120 kgs. "La Rosita" no podía con el pez. Cuando terminó, le dijo don Enrique: "...—*No vayas a hacer lo mismo del año del pulpo que tiraste al río, mejor títamelo en mi cayuco*—..." y se echaron a reír.

“MOLENILLO”

Dice don Carlos Ancona, de 64 años de edad, que el apodo “Molenillo” se lo puso don Gregorio Vela, “El Xpú”.

Cuenta don “Molenillo” que por el año de 1955 hubo una fuerte carestía en Champotón. Una vez don Silvestre, don Candelario y él fueron hacia un sitio conocido como “El Chalán” a arponear lo que sea, balá, raya, mosún, gata, etc.

“...—¡No dejen pasar nada!—, nos dijo don Silvestre. —¿Qué vamos a hacer?, ¡no hay nada!—. Así estaba en sus lamentos don Candelario cuando nos gritó emocionado: —¡dos gatas!... ¿qué hacemos?—. Tanta era nuestra necesidad que nos pusimos abusados. — ¡Ahora ‘Jurujo’!—, no medíamos el peligro. Don Silvestre clavó a una y ‘Jurujo’ a la otra...”

Al sentir los arpones, cada gata agarró para rumbos opuestos. Una para Sabancuy y otra rumbo a Champotón, quedando el cayuco y don “Molenillo” en el centro.

“...cada uno se colgó de su gata. —¡No te sueltes!—, le gritaba don Silvestre. Sacando fuerza de la necesidad, logró pegar la suya al cayuco. Sin embargo, un solo arpón no era suficiente. Al querer colocarle el gancho, la gata se metió debajo del cayuco y don Silvestre le agarró la cola. Con un esfuerzo casi sobrehumano logró, poco a poco, que la gata saliera y diera un brinco, cayéndole encima a él, pero dentro del cayuco. —¿qué te pasó Silvestre?— le preguntamos. —¡Nada!— nos respondió. Mientras tanto, logramos subir la de don Candelario y le caímos a garrotazo limpio ¡Ya mero acabamos la embarcación!...”

Don Carlos relata que a la edad de 6 años, impulsado por una fuerte crisis económica en el pueblo, salió a ver qué pescaba, acompañado de su primo Carmen Ancona en un cayuco llamado “Pelayo”.

“...llevábamos un cordel o hilo de henequén que le robamos a mi papá y pudimos pescar entre 20 y 30 chuyes o banderas. Con la pesca

salimos corriendo para mi casa y preparamos los pescados para ser asados. Era tanta el hambre que teníamos que rodeamos la fogata a esperar como perros a que estuviera medio asado el pescado para caerle, así, sin tortilla... ¡chen pescado!..."

Con la preocupación de buscar la comida, don Carlos faltaba a la escuela para irse a pescar. Por esta razón, un maestro reprendió a su papá, don Melitón Ancona. Este, a su vez, avisó a la policía.

Un día Molenillo pescaba tranquilamente cuando aparecieron dos policías: don Tomás y Nicolás Pérez, acompañados de otro que decían "Manuel Chiquito".

"...—¿Qué pescas chito?— me preguntó don Manuel. — ¡Chuyes!— le respondí. —A ver, ¿cómo le haces?— me dijo. Me puse abusado y medio arisco, con todos mis sentidos trabajando para estar alerta. De pronto ¡zaz! me cayó encima don Manuel y los dos policías casi aplastándome. Sin embargo, era tanta mi bravura que no pudieron conmigo. Yo repartía mordidas por todas partes. Me llevaron al fin a la Presidencia. ¡Conocí los 40 cuadritos y el chicote de manatí!. Dijo don 'Mocho' Aguilar: —¿Quién es este Melitoncito?... ¡Jódanlo porque debe estar en la escuela!—. Me pegaron una chicotiza y ahí se definió mi vocación de pescador..."

Explica don "Molenillo" que cuando los agarraba algún norte o mal viento en el mar corrían a su refugio natural llamado Varadero, cerca de Sabancuy. Sin embargo, en este sitio había una ciénega, donde abundaba el tigre.

"... ¡Se podían ver muchos ojos de tigres y sus cachorritos! Acampábamos con mucho miedo porque, además, se escuchaban los fuertes rugidos. Sólo un hombre se atrevía a pasar por ahí: don Antonio, el de la línea del telégrafo. Un tabasqueño que por razones de trabajo recorría la brecha por donde pasaba la línea..."

Nos comentan varios pescadores que durante el día acostumbran a remendar sus redes, hechas de algodón por aquella época. Todos se extrañaban que don Carlos Ancona "Molenillo", después de llegar de pesca, siempre se paseaba bañadito por el malecón. Se preguntaban: "...—Bueno, ¿Y a Molenillo no se le rompen las redes o se las comen los ratones?..."

Tal era la incertidumbre que uno de ellos tuvo el valor suficiente para olvidarse del mal carácter de don Mole y expresarle directamente sus dudas. Don Carlos le respondió: “...—*No mi amigo, a mí no me comen las redes los ratones, porque en cada hueco les pongo un billete de 100 pesos para que se les quite el hambre...—*”.

“COCHINON”

Tiene 49 años de edad y más de cuatro décadas de pescador. Don Daniel Cahuich Chan, “Cochinón”, nos relata que sus padres lo mandaban a la escuela pero él se escapaba y se iba a pescar con don Joaquín Coyoc, dueño de un cayuco de vela. Al llegar a su casa, su mamá le pegaba por haberse escondido, así, desde pequeño, le gustaron las olas del mar.

Recuerda que en una ocasión, a 6 brazas de Champotón, clavó una cornuda y como sólo iban dos personas en el cayuco no pudieron subirla. Optaron por arrastrarla hasta el puesto donde vendían el pescado. Ya en el muelle, la gente se arremolinó para ver al animal y ayudaron a subirlo.

“...era tan grande que le avisaron a don Tomás Arnábarque tenía una cámara fotográfica y la retrató. Foto que aún se conserva. Lo notable del caso es que al abrirle la panza tenía 38 cornuditas, por eso pesaba 200 kgs.”

En otra ocasión, yendo con su hijo en el cayuco, le agarró un norte como a 22 brazas de Champotón.

“...como a las 4 de la madrugada estaba tan fuerte el viento y la marejada, que tuve que empatar 4 trallas de 35 brazas cada una y arrojarlas al agua para tratar que el ancla se agarre de algo, pues el aire nos estaba arrastrando. En esa época se murieron muchos pescadores tan sólo a 14 brazas, nosotros nos salvamos...”

“...En otra ocasión —cuenta don Daniel— nos sorprendió la turbonada de mayo como a 14 brazas de la playa. Eran las dos de la madrugada cuando, de pronto, apareció un barco buscando refugio en el puerto. La nave estuvo a punto de embestirnos, pero gracias a Dios, apareció en la borda un marinero que estaba tomando. Le gritamos tanto hasta que nos vio. Ya después nos remolcó a Seybaplaya...”

Lo curioso del caso, comenta don Cochinón, fue que esa noche de temporal su yerno estaba junto a él en la lancha. Y grande fue su sorpresa que al llegar a Champotón, éste ya descansaba plácidamente en su hogar.

Una vez se encontraba en Isla Arena y la pesca estaba dura, no caía nada y nadie quería arriesgarse a gastar gasolina y carnada. Como don Daniel no consiguió compañero se llevó a su esposa. Tiraron las redes y se acostaron a dormir, al recogerlas por la mañana estaban llenas de carito y al encender el motor éste no arrancó. Así que, como estaban a 30 kms. de la orilla, tuvo que palanquear y remar con 300 kgs. de carito en su lancha.

“LA UÑITA”

Heredó el apodo de sus hermanos mayores. Vicente Cruz Izquierdo, “La Uñita”, tiene 35 años y 20 de pescador. Nos platica que un día salió a pescar en compañía de sus amigos: “El Marqués”, “El Sergio”, “El Juanito”, “El José” y “El Jaiba”, en dos lanchas colmadas de hielo, con el fin de tardar 4 ó 5 días pescando huachinango.

“...Poco a poco nos íbamos retirando de la costa, persiguiendo al cardumen o más bien buscándolo. La primera vez que sondeamos fue a 11 brazas, seguimos avanzando... 15 brazas... Sondeamos por tercera vez a 23 brazas y, finalmente, a 27; exactamente a una hora de Cayo Arcas...”

“...Eran las 4:30 p.m. cuando empezó la reventadera durando como 2 horas. A media hora de la calma no veíamos la otra lancha, sólo las cosas que tiramos y los garrafones que teníamos como protección en caso de que se hundiera por las olas que eran de aproximadamente 10 metros. La lluvia duró toda la noche. Al amanecer, comenzó la bonanza y como se veía calmado comenzamos a pescar. Encontramos un barco y el capitán nos cagoteó: —¡Están pendejos o qué cabrón les pasa!—. Nos dio de comer y nos informó que había reportes de la Capi-tanía de Puerto que se habían hundido lanchas a 7 brazas...”

Ese día todos acordaron regresar a puerto rápidamente. A 17 brazas encontraron a varios embarcaciones que los andaban buscando. *“...Gracias a Dios todos llegamos sanos y salvos, después de una semana en el mar. En casa, todos nos daban por muertos. Al llegar, gran susto se llevó mi familia. Expusimos la vida ¡por nada! ¡nada agarramos! sólo unos cuantos huachinangos. De coraje agarré el más grande para comerlo...”*

Desde aquel incidente no ha vuelto a salir a la mar. Para cumplir la promesa hecha a su familia sólo bucea.

Cuenta “La Uñita”, que un día fue en compañía de su esposa de paseo por el mar. Fueron a bucear y a conocer unos pesqueros. Se aproxi-

maba un norte. De pronto, Vicente se arrojó cerca de unos pozos y le dijo a su esposa: "...—¡Ahorita regreso, mantén andando el motor!—...". Se sumergió y en unos restos de tubo, dejados por una draga, vio a dos chernas como de 27 y 35 kg. aproximadamente.

Sólo llevaba pistola sin arpón. Disparó a una que salió. "...Al sentir el fierro, el pez enturbió el agua. Una vez que aclaró pude ver a la cherna frente a mí, era colorada. Le di otro varillazo y la cherna me atacó, mordiéndome la mano. Al sentir su boca, pensé: —¡puta madre...este animal es bravo!—. Me pegó otra mordida en la pierna. Me dio 3 madrazos y se estaba escapando, ni modo. Le pegué otro varillazo y afortunadamente se le enganchó la agalla. Asomé y dije a mi esposa: —Jala para la casa por el otro arpón, no regreses, avísale a Turi—..."

Cuando su hermano Turi, la verdadera "Uña" llegó, ya tenía la cherna enganchada. "...le pegué otro arponazo, pero no la mataba, Sólo quedaba prendida. —¡Vamos a subirla!—, le grité. —¡Ponle el anzuelo!—, me ordenó. En eso estábamos cuando ya el norte nos azotaba. Corrimos a toda prisa para Champotón. Al llegar, la gente de Paraíso estaba toda espantada, decían: —'La Uña' llegó con la cherna, de su tamaño, cargada...¡vivita carnal!—..."

“JERON”

A sus 70 años de edad don Jerónimo Almeyda Polanco, pescador seybano rememora un incidente de sus más de 5 décadas en el mar.

Un día de tantos, en una embarcación llamada “La Carmen”, salió a la licera, con Isidro Pacheco, “El Encuevado” y Luciano Pacheco, “El Chulo”. Después de echar la red se pusieron a descansar y, como a la una de la madrugada se levantaron a probar suerte y se sorprendieron al encontrar que el paño revisero estaba lleno de sierra, lo que significaba que los demás estarían repletos.

Como era el que estaba jalando la red y al ver la gran cantidad de peces que había, el “Chulo” sacó un buen tramo y lo dividió en tres para que cada uno tomara su sierra

“...Grande fue mi sorpresa al ver al ‘Chulo’ que era una máquina sacando pesca, ya que cuando nosotros acabábamos con uno, él ya iba por dos. ‘El Chulo’ se nos quedaba viendo y se reía de los dos. Yo, en ese momento, echaba espuma por la boca y le decía al Encuevado: — ¡¿Cómo es que este hijueputa saca pesca tan rápido?!—. Comentario que hizo reír al ‘Chulo’, por lo cual dijo: —¡Mañana voy a embarcar un saco de sal, para que ustedes salen su sierra y para ti Jerón, voy a comprar una bolsa de naranja agria, para que no te me vayas a morir de bilis...!— comentario que me molestó mucho más...”

“...A las 6 p.m., ya en plena claridad, nos dimos cuenta que el ‘Chulo’ tenía un filo en la mano, y con este cortaba la malla donde venía la sierra, cuando se dio cuenta que lo descubrimos, comenzó a aventarlas hacia mí gritándome —¡Así se hace pendejo de mierda!... ¡más vale que remiendes una media malla y no que magulles una sierra! Desde hoy te voy a dar para que compres un paquete de filos, para ver si así me ganas a sacar pescados—.”

“HUACH”

Don José del Carmen Pacheco Almeйда, viejo lobo de mar de 80 años de edad, es conocido en Seybaplaya por “Huach” y tiene una experiencia de más de 65 años de pescador.

Cuenta don José que por los años cincuenta fue a la licera con el señor Luciano Pacheco, alias “El Chulo” y Manuel Olivares en un cayuco llamado “Carahuas”, propiedad de éste último.

“...ese día nos hicimos a la vela en un recorrido de aproximadamente 3 horas, hasta llegar a un lugar llamado el ‘Hilero’, que queda frente a Haltunchén, donde encontramos un turbio que tenía mucho cazón. Como apenas eran las 4 de la tarde, el Chulo le dijo a don Manuel: —¡Compadre, vamos a esperar la noche para echar la red, ya que está muy vieja y no va a aguantar tanta pesca—...”

Recuerda don José que llegada la noche echaron la red al agua y, como había mucha calma, oyeron cómo el cazón pegaba en la red.

“...en eso el ‘Chulo’ le gritó a don Manuel: —¡Compadre, oiga usted eso, ese animal que pegó en la red salió con corbata con un pedazo de red en el pescuezo, con eso ya no contamos!—. Y molesto don Manuel le contestó: —Oiga compadre ¡no agüere!—...”

“...al otro día fuimos a levantar la red y, por lo visto la noche anterior, el ‘Chulo’ dijo: —¡Compadre, en vista de que la ganancia que tuvimos por el cazón fue un mes de remiendo, ya está lista! ¡Búsquese a otro pendejo porque yo jamás vuelvo a ir con usted!...”

“EL BARCO”

Cuenta don Antonio Queb Rebolledo, seybano, de 52 años de edad y apodado “El Barco”, que un día se hicieron a la vela, a la pesca de la sierra, en un cayuco que se llamaba “La Carmen” con sus dos compañeros, el “Chicote” y el “Pelayo”.

“...En el transcurso del camino nos agarró un viento llamado chubasco y, como íbamos a la vela, nos fondeamos para aferrarla y bajarla, ya que traerla puesta era muy peligroso. Entonces, como el viento traía lluvia, el ‘Chicote’ y el ‘Pelayo’, que eran dos vivales, me gritaron, ¡baja tu vela! y ellos corrieron a taparse con el encerado. Yo hice lo imposible por bajarla, pero no pude y corrí a taparme también, ya que en esos momentos empezaba a llover...”

“...Al verme, los dos preguntaron: —¿lo hiciste?— y les contesté: —¡No!—. Entonces el ‘Chicote’ me regañó: —¿cómo es posible que con tanto tiempo que tienes de pescador seas un pendejo?... ¡vamos a hacerlo! ¡si no, va a agarrar aire y nos vamos a voltear!—. Pareciendo de profeta sus palabras, en ese preciso momento el cayuco se estaba volteando. ‘Chicote’ y yo no tuvimos problemas, ya que en forma rápida nos agarramos del plan del cayuco, no así el huevón de Pelayo, que seguía tapado. Pero gracias a Dios y aunque respirando con dificultad logró salir a la superficie. Así permanecemos por espacio de 3 horas, soportando el frío y el embiste de las marejadas, sin que nadie nos pudiera rescatar...”

“...Una vez calmado el viento, pudimos distinguir una embarcación a 300 metros de nosotros y, como ya se estaba haciendo de noche, les dije a mis compañeros: —¡yo me voy a arriesgar a nadar hasta ahí para pedir ayuda!—. Pero no lo logré, ya me faltaban unos 50 m. cuando ellos me divisaron y me subieron a su embarcación. Les dije lo que nos sucedió y nos prestaron ayuda, la cual le agradecemos una vez ya a bordo...”

“...y de haber pasado el susto llegamos a tierra ya que nuestras redes se habían perdido, pero al llegar a la bajerías de Seybaplaya vimos pasar a un grupo de aviones que nos quedamos viendo fijamente sin darnos cuenta que el viento ya había cambiado y por segunda vez la embarcación nos quedó como ‘cachuelta’...”

“EL MONO”

Nació en Champotón el 6 de diciembre de 1937, es hijo de don Apolonio Delgado y doña Fidencia Cámara. Se inició en la pesca a la edad de 8 años como ayudante del patrón don Roberto Sarricolea, en un cayuco de vela llamado “La Josefa”, de ocho varas y dedicó 50 años de su vida a esta actividad. Don Carlos Delgado Padilla aún se dedica a la pesca ribereña

“...recuerdo que mi apodo de ‘El Mono’ se lo debo a mi tío Francisco Padilla, quien al pasar por mi casa entraba y me sostenía de pie en sus manos, pues yo estaba chico y gordito. El me decía: —jéste es ‘Tarzán’, el hombre mono!—. Según mi papá algunos pescadores me decían ‘Tarzán’, actualmente me dicen ‘El Mono’...”

Narra don Carlos que cierta ocasión, acompañado de su hijo Carlos, mientras regresaba a Champotón en su cayuco cargado de media tonelada de pescado (cazón y raya), al pasar por Chenkán comenzó un fuerte viento con marejada. Pero, ya frente a San Luis Carpizo su cayuco estuvo a punto de hundirse.

“...no obstante lo achicábamos, despacio seguíamos avanzando, hasta que nos auxilió un barco, remolcándonos a Champotón. Tuve que bajar las velas, ya llegando a la costa de Champotón el cayuco se llenó de agua y se fue a pique. Como pudimos salvamos todo, a Dios gracias las velas en aquel entonces las costuraba don Juanito Narváez por 20 pesos...”

Don Carlos se dedicó como 20 años a pescar en cayuco de vela. Su mayor producción fue una tonelada de cazón. Contaba con 6 paños de red, con mallas de 4 pulgadas para las sierras y de 5 para el pámpano, carito y jurel.

Según “El Mono”, algunas observaciones del tiempo por los viejos pescadores han evitado que se mueran ahogados, pues un buen hombre de mar tiene que ver el comportamiento del clima antes y durante la pesca. El movimiento del agua, el viento dominante, la formación de las

nubes en el horizonte y en el cielo, indican cómo se comportará la atmósfera en unas cuantas horas.

“...por ejemplo, es presagio de mal tiempo cuando en el horizonte ves una línea de nubes negras, o cuando sobre la cabeza corren las nubes, se detienen y vuelven a correr... también, cuando en la calma el cayuco se bambolea, anuncia temporal en 24 horas. Los suestazos, o bulkines, son vientos de tierra al mar, esos son buenos ...”

Con más de 50 años de pescador, las experiencias y los conocimientos de los viejos pescadores han enseñado a don Carlos a marcar los lugares en el mar por medio de los cerros, por ejemplo Correcosta y el Pesquero, los árboles y la chimenea de la Joya. Asimismo, puede definir el tipo de peces según las características del agua en la superficie.

“...los turbios en el mar pueden ser grandes, medianos y chicos. Un turbio grande lo origina la cucchá y el balá, los turbios medianos el pámpano, sierra; y el turbio chico, el de chacchí y las mojaras... El pámpano champotonero es la carne más preciada pues se alimenta comúnmente de almejas y camarón. Cuando forma el turbio, en el fondo del mar hay un cardumen y arriba de éste hay otra cantidad de peces que salen del agua espejeando, porque saltan y entran al agua de canto o de lado, no de frente, y porque su panza es plateada...”

“...La sierra y el carito salen y entran al agua de frente. Para hacer un lance en el mar hay que ver cómo está la corriente y, para ello, hay que mascar tortillas y echarlo al mar, para ver si la corriente va para tierra o para mar adentro. Según lo veas, el lance será siempre adelante...”

Recuerda que en cuestiones de cayucos de motor, el primero en Champotón fue de don Claudio Sarricolea, el segundo de Luis Sarricolea López “Pata de Mula” y el tercero de Guadalupe Sandoval.

Los principales lugares (arrecifes) son Macanché, La Poza de Joquel, La Piedra del Bufe, La Piedra de Chín, El Retazo, La Poza de Tancunché, El Pesquero, El Bajo (más lejos), El Pesquerito, La Piedra de la Manteca, Bajerías, Piedra del Carito, Canhuay, Nigché, El Gilero, Los Comederos, Piedra Pacheco, Paraje de Niop, Piedra Grande, Poza Macanché, Poza de Sallanena, etc., lugares propios para pescar. Hoy en día están desaparecidos, no hay pesca.

“OLLA”

Don José Dolores nació en Champotón un 15 de abril de 1905, es hijo de Carlos Alayola y María de los Angeles Cardeñas y dedicó 45 años al mar.

“...Mi primer cayuco de vela se llamó ‘Angel’, de 7 varas de largo, fue construido en Campeche y me costó 100 pesos. Me retiré de la pesca ribereña por la reuma y la vista cansada, pues ya no veía los puntos de tierra para guiarme...”.

A sus 91 años de edad, don José Dolores Alayola Cardeñas, conocido en Champotón como “Olla” nos explica que la humedad, el brillo, la sal de agua y la mala noche afectan la salud del pescador.

“...Yo comencé a pescar a la edad de 12 años, al principio tenía miedo, pero nos obligaron a ir a trabajar y a enfrentar los rigores de la vida marina, en aquella época había bastante pesca y se ganaba buen dinero... el pescado era barato, pero abundaba... también éramos pocos pescadores...”

Como otros pescadores, don José considera que hoy en día el uso del motor en los cayucos y lanchas espantan a los cardúmenes de peces, por eso la pesca actual se hace de 20 a 45 brazas. Además, algunos jóvenes pescadores se arriesgan al trabajar en el mar sin saber nadar ni observar el tiempo en forma natural, sólo se basan en la radio y la brújula.

“...Cuando salía a pescar lo hacía oscureciendo o amaneciendo, según veía cómo estaba el tiempo, era muy riguroso con lo que observaba. Si era presagio del mal tiempo no salía y si estando en la mar observaba lo mismo, de inmediato, con poca o nada de pesca, me dirigía a la costa. Estas decisiones nos han permitido vivir más, y tener menos momentos de vida o muertes en el mar...”

“...De noche, el pescador se orienta por las estrellas y el lucero, también por la sombra a distancia que presentan los cerros y los árbo-

les. Cuando se está pescando de día o de noche con bonanza, se oye en el plan de cayuco el golpeteo del motor de alguna embarcación, cuya distancia puede ser de 14 a 20 kilómetros, aunque no se logra ver al barco..."

"...También es bueno mencionar que el viento de tierra es más traicionero que el del norte. En cuanto a un cayuco y a una lancha, el primero por un mal tiempo zozobra y abolla, el segundo zozobra y se hunde. El cayuco abollado da tiempo para achicarlo. Para pescar salimos al mar a una distancia de 20 a 25 kilómetros de la costa, como a 6 a 7 brazadas..."

Dice "Olla" que contaba con varias redes, de licera, cuadro grande; de rayera, cuadro chico; y tortuguera de cuadro más grande. *"...Las redes yo las hacía con cáñamo, me enseñó mi papá a tejerlas y a componerlas..."*

La mayoría de los viejos pescadores usaban sombrero de huano, para asegurarlo le ponían un barbiquejo de hilo. *"...Todos sabemos que en el mes de abril, el calor es más fuerte, ocasionado por el sol y las quemas. El agua, por la bonanza, parece manteca porque brilla; y se siente más calor. Incluso, si tocamos el plan del cayuco se siente caliente. Por eso el uso del sombrero nos protege en el trabajo..."*

La memoria de don José Dolores recuerda al barco de vela llamado "Alfonsina" donde los champotoneros viajaban a Campeche antes de la construcción de la carretera. Y también a "La Independencia", la primera embarcación de motor de 20 a 30 toneladas que salía de Champotón.

“CAMELLO”

“...Todos tenemos apodos, a mi papá lo conocían por ‘El Huach’, jamás en la vida oí que dijeran: —¡ahí va don Carmen!—... Cuando era chamaco, por mi carácter, caía bien. Vinieron unas madrecitas y una de ellas me puso ‘Camello’, desde ese día ya nadie me lo pudo quitar...”

A sus 56 años de edad, don José del Carmen Pacheco Fuentes comenta que no le gustaba ir a la escuela. *“...recuerdo a la profesora Olga y al profesor Hernán Silva. En la mañana iba a segundo y en la tarde a quinto grado, tenía de 8 a 9 años de edad. En aquel entonces era de que “si no quieres no vayas... te vas a trabajar...”*

Don “Camello” es hijo de don José del Carmen Pacheco Almeйда y doña Concepción Fuentes May. Explica que hasta hace 35 años la pesca era de día, a puro cordel; y la captura del cazón se realizaba sobre 34 leguas de la playa. Asimismo, licereaban en los “chagueyales”.

“...El cayuco de mi papá se llamaba ‘El Carmito’; el mío, ‘El Catajuás’. También mi padre tuvo otros: ‘El Barquito’, ‘El Auri’, ‘Gisel’... Ya no hay cayucos, conviene más la lancha de fibra de vidrio, porque la madera se enchumba. Antes, el padre los bautizaba, pero empezó a estar inconforme por los nombres que se les ponían y poco a poco se fue abandonando la tradición. Sí somos creyentes, católicos la mayoría...”

Don “Camello” comenta que le han sorprendido los nortes en alta mar y no le ha quedado más remedio que correrlos. *“...la vida del mar es de rachas buenas y malas, yo trabajé en la pesca durante 25 años...”*

En una ocasión, un hermano suyo fue a pescar y le agarró un mal tiempo. Se ahogaron sus compañeros, en el cayuco quedaron él y uno más. Este no aguantó porque el cayuco varado hacía agua y se habían amarrado en la cama para resistir, por lo que a cada momento se medio enderezaban; *“...mi hermano pasó tres días y tres noches en esas condiciones, amarrado junto al cuerpo del otro, hasta que lo rescató un barco que llegó por ahí casualmente...”*

Don José del Carmen afirma que el primero de agosto se abre la captura del pulpo y termina el 15 de diciembre, pues se enhueva y no come, eso quiere decir que solo se veda.

"...Casi todo está enhuevado y por eso me imagino que no hay hembra y macho..."

Antiguamente iban al camarón nada más porque servía de carnada para pescar cojinua, sierra y carito. Los hermanos, en las familias, salían a vender pescado en palanganas.

"...Tengo tres hermanos pescadores, Isidro, al que le dicen 'El Encuevado' y 'Chilón'; Candelario, 'El Chicote'; y Silvestre, 'La Madrina'..."

Comenta también que generalmente, cuando comienza la cuaresma, la pesca escasea por las "aguas claras y las corrientes calientes". Por el contrario, en tiempos del norte, la pesca se acerca. El agua caliente "pica" la sierra, dejándola en condiciones de menor calidad, por eso en el mes de diciembre abunda esta especie.

Seybano de nacimiento, don José del Carmen es especialista en charal, alimento de la sierra, que se captura del 15 de octubre al 15 de marzo; su veda sólo se da en Seybaplaya, el lugar donde más es capturado.

"...Es un trabajo muy tequioso, comienza a las 4 de la mañana, con el primer lance y cuando está escasón se tira hasta tres y cuatro veces la red. El charal se extiende en los secadores, como a las 10 de la mañana es removido con un rasquete formando pequeños montones con el fin de aligerar su secado, se deja orear el secadero y después se extiende de nuevo. Esta operación es necesaria hacerla por tres ocasiones. Más o menos, a las tres de la tarde recogemos el charal. Los principales compradores provienen de las ciudades de México y, principalmente, de Puebla...En Seyba lo consumen muy poco, por la flojera: hay que tostarlo, descabezarlo y molerlo para hacer las tortas..."

Comenta don "Camello" que existe una Unión de Charaleros Seybanos formada por cuarenta socios, dueños de cuarenta y dos equipos. En 1995 se pagó el charal al precio de 3.50 a 4 pesos kilo. La Unión

vende a 5, 6 y 7 pesos kilo. La diferencia se explica por el fondo común que manejan.

"...El charal es capturado cerca de la orilla, con el nivel del agua más o menos a la cintura... Los bollos de charal colorean como la sangre en Payucán, en toda la ensenada de San Lorenzo, desde la ensenada de Xpicop para arriba, también por Xen, Chencán, el Varadero y Sabancuy... Cuando se está plumeando, unos trabajan la parte alta de la red y otros abajo, con los pies, donde hay un copo. Para que resulte tiene que venir la lancha llena..."

En una lancha charalera por lo menos van siete personas, la ganancia es distribuida en siete partes iguales, incluidos red, lancha, motor y secadero. Una buena temporada de esta especie deja, por día, de 100 a 150 pesos para cada parte.

"...Antes, en tiempos de mi padre, se decía 'vamos al tsac' y acostumbraban secarlo sobre arena regada en las calles. La gente decía que al comerlo tronaba la arena. Cuando comenzó la competencia, se hicieron los secaderos para mejorar la calidad..."

De las otras especies marinas, don "Camello" explica que la cherna, que antes vivía en cuevas, está menos escasa de lo que se cree, se le encuentra afuera, en los cascos de barcos.

"...La tortuga carey es la que más hay en Seybaplaya, ova en las islas. Estas se enredan en las redes para raya ¿qué hacer con ellas cuando ya están ahogadas o a punto de morir? Sí, estoy de acuerdo con la veda, pero hay casos accidentales, si las botan no se vale y si las traes hay multas..."

"...Los liceros se hacen a la mar entre 3 y 4 de la tarde, para regresar de 7 a 8 de la noche. Si no pueden volver pronto porque jalan y nada, avisan por radio. Antes sí era más difícil porque si alguien no llegaba a su tiempo, la preocupación no nos dejaba en paz. Se duerme mientras llega la hora de jalar la red; para comer llevamos cazón frito, sierra envuelta en pan, jugo y un porrón de agua...Hoy muchas cosas se desconocen, como la observación de los suestazos cuando tienen carga y se cometen errores..."

"...Los pescadores nos llevamos a mentadas de madre, estamos acostumbrados. Pero una cosa es el relajo y otra que formamos una familia grande, unida. Si viene la lluvia nos atongamos en la bodega. Los insultos son entre nosotros, cuando tratamos a otras personas no los decimos... porque no se debe..."

"...De noche, en el mar, te acuestas y te pones a pensar.. ¡Dios mío! y pensar que me tengo que morir, también mis hermanos y ya no los voy a volver a ver nunca más. Cuando esto sucede, despierto a un compañero y ahí le tranco..."

“EL AGUILA”

“...Yo soy nacido en el estado de Veracruz, pero estoy registrado como hijo de Villa Madero, me siento oriundo de este bendito pueblo; me trajeron de 3 años, cuando éste era ‘Pueblo Nuevo’, a un cerrito donde viví con mis jefecitos. En una ocasión ellos me llevaron a Los Chenes y por donde anduve soñaba yo con el hogar, mis sueños me dictaban que debía venir. A los 9 años de edad me llevaron a la chiclería, de ahí bajamos y nos fuimos a un sitio que se llama Bolonchén Cahuich. Después volvimos a este lugar que sigo llamando ‘Pueblo Nuevo’...”

A sus 54 años de edad, don Ambrosio Méndez López se dedica en cuerpo y alma a defender su hogar en Villa Madero, Campeche. Explica que el poner apodos es una de las actividades favoritas para las personas de esta región. Al principio, le pusieron “El Aguila” porque era muy activo, abusado y le gustaban las piñas. Ahora le dicen “El Abuelo” porque a su edad aún bucea entre la juventud. Además le llaman “Bosho” por Ambrosio.

“...Mi esposa es más tierna que yo por 14 años, se llama Teresa Santamaría Cámara, me hubiera agradado que estuviese aquí porque ella se explica mejor. Es algo grande que el Señor me haya regalado a mi esposa y a mis hijos...”

“...Si me ven luchar es por ellos. Quizás soy así porque desgraciadamente mi infancia fue una desgracia. Mi jefecito fue campesino y la bebida lo hacía tener una mala conducta. Bendito sea el Señor que me movió a trabajar. Me metí al mar...¡el mar! Lo del buceo es un trabajo para jóvenes pero yo lo desempeño todavía en el caracol...”

Desde chico don Ambrosio ayudaba a sostener el hogar vendiendo pollos o huevos, pero las necesidades económicas ocasionaron que se hiciera a la mar a la edad de 13 años.

Don Ambrosio ha trabajado de todo; por ejemplo, de enero a febrero se dedica a la lisera; de marzo a agosto, al buceo. Según él, por naturaleza, el pulpo se veda solo al encuevarse y afirma que sí hay hembras y machos.

"...Entramos a la sierra en diciembre, enero y febrero... Cuando las aguas se enfrían y el pez recalca a la costa, viene a desovar en los zacatales, en la lama, en los pantisales... El animal chiquito que se defiende en los yerbales del enemigo, son la picúa, el jurel y el bufeo. En la época de las suradas, la sierra pasa a tres leguas; los delfines las juegan, las agarran de relajo; pero su comida especial es el box; los delfines se comen a los boxes, pero dejan la cabeza porque tiene espinas... Ahora están muy escasos la cherna, el mero, el cazón (canguay y cornúa), tsubin y chatón o juguétón si hay. El canguay es el más apreciado, lo asas y sale enterito, no se engrifa, es gordo. Tiburón si hay, muy poco."

El "Aguila" manifiesta que, aunque hay todo el año, el cangrejo se captura desde octubre hasta mayo, cuando baja la producción. Este crustáceo lo compran armadores del extranjero. Este año alcanzó un precio muy alto pues sólo los brazos alcanzaron un valor de 60 pesos, comparados con los 10 ó 15 que valían en otras épocas.

"...Desde que lo agarra el buceador, ¡track, track! le quita los brazos y lo suelta. El cangrejo hembra, después de esto, rehabilita su embarazo, no muere, una hembra tiene millones de huevecillos. El pulpo, aproximadamente un millón de huevitos..."

Los buceadores que capturan caracol y cangrejo, bajan a seis brazas por los crustáceos; su límite, a pulmón, es hasta 10 brazas, donde hay barcos viejos hundidos. Un manchón de agua cristalina puede tener entre 30 y 40 kilos de estas especies; cada pescador captura de 8 a 10 kilos diarios. Sus aparejos son el visor, patas de rana y snork. La edad máxima para ser buzo es de 30 años.

"...Abajo tenemos el promedio de aguantar un minuto, a los tres o cuatro lances ya se aguanta un poco más. El buceador adelgaza mucho, con el perdón de la palabra, con el desag, e durante el tiempo que está buceando. Pienso que es por la presión alta... Ya se nos fueron tres o cuatro compañeros, todos ellos han muerto cuando empiezan a usar los compresores. Yo ya los usé, los emboquillé y voy respirando despacito pero cuando siento que me inflo me lo arrebato, esa es la causa de que se nos han ido jovencitos, fallecieron de 23 y 24 años; unos recién casados, otros solteros."

“...Tengo dos hijos pescadores, Hipólito y Santiago, el primero estudió Contaduría, se recibió; y el segundo, la secundaria. Santiago tiene tres años de estar en el mar. Hipólito estuvo trabajando en la Universidad de Campeche y también anduvo en la música; ni los horarios ni los salarios le convenían. ‘Los Carlo’ le metieron la tarabilla de la música y dejó la Universidad, pero también ellos pagaban muy poco. Don Pepe Rosado le enseñó la guitarra y el bajo lo aprendió solito. En la actualidad es bajista en el Ministerio de la Iglesia. Primer año que anda de pescador. Espero que el Señor me dé la energía para acabarlo de corregir en el buceo...A Hipólito le gusta ser buceador. No es que se gane muy bien, pero cuando menos no le falta a uno el pan de cada día...”

“...Hipólito tiene dos apodos: ‘Oso’ y ‘Samhol’, éste último se lo pusieron porque una vez lo llevé al ‘Puj’ en el monte, a la batida y alguien le dijo —¿es un samhol el que viene allá?— El samhol es un animalito de monte, como un tigrillo que persigue al venado. El apodo de Santiago es ‘La Chata’...”

Cuenta el “Aguila” que un día normal de buceo empieza a las 6 a.m., cuando salen a una distancia de 6 brazas de la playa. Como a las 8 a.m. se realiza la primer zambullida, llegando, para las 2 p.m., a unas 200 en rachas buenas y 100 con mala suerte.

“...Ahí mismo en el agua están rompiendo todo con un martillo especial que hacen en el Ingenio La Joya. Para sacar el caracol de su concha, se le abre un hoyo pequeño a ésta, sin destruirla, y con un alambre llamado extraen al animal, que al ser pinchado se afloja. Entre las especies de caracoles hay: ‘negro’, ‘sacabocado’, ‘rojo’, ‘lanceta’, ‘campechana’. Es máspreciado el rojo o chacpel...”

“...Han venido gentes del Camino Real, vienen y no saben ni siquiera jugar el agua y de buenas a primeras ya son buceadores... El que fuma la droga da mucho en el buceo pero no es natural, eso es triste. Yo llego y ¡bum! al agua; en cambio ellos si no están drogados no trabajan...”

“EL PAMPANO”

A don Jorge Dzib Cobos le dicen “El Pámpano” porque cuando llegó a Seybaplaya, proveniente de Hecelchakán, pescaba postá al que él mismo le llamaba “pámpano de piedra”.

Ya con 39 años de pescador, “El Pámpano” recuerda que al cumplir su mayoría de edad se fue a la mar. *“...Cuando comenzamos lo vemos duro...el primer día de trabajo es impresionante, ve uno las olas tremendas y le entra a uno el temor... Poco a poco nos vamos acostumbrando. Todo el tiempo que pasamos en el mar andamos mojados...”*

Ha tenido 3 cayucos: el “José Antonio”, el “Taydé” y el actual se llama “La Candita”. El padre Román Sarmiento Villarino bautizó los dos primeros.

“...La vida del pescador parece sencilla, pero no es nada fácil, es peligrosa; todo el tiempo que salimos de nuestros lugares vamos pendientes de esto, vamos corriendo el riesgo de no volver a nuestros hogares... Porque la mar es preciosa cuando hay bonanza, pero cuando está soplando el norte, ahí está el riesgo de perder la vida; muchas veces las embarcaciones no resisten las mareas demasiado altas. La mar es tremenda cuando está embravecida; no hay embarcaciones para ella...”

Don Jorge tiene 57 años de edad, está casado con doña Ramona Ríos Aké, con quien procreó 7 hijos. Tres de ellos, casados, se han dedicado a la pesca: Abraham del Carmen Dzib Ríos (“Kalimán”), de 28 años; Luis Armando (“El Negro”), de 25 años y Sixto (“El Chavo”), de 23 años. Su otro hijo varón aún tiene 13 años y sus 3 hijas son Margarita, Adolfinia y Candelaria. Según “El Aguila”, el hecho de que los pescadores no lleven a las mujeres a la pesca, ni por curiosidad, no es por superstición, sino por el peligro.

“...Nosotros vimos cómo empezó Opal, inició con un viento muy despacio, nunca nos imaginamos que iba a agarrar tanta fuerza; primero traía vientos de 40 kilómetros por hora y a las 12 de la noche

sopló a unos 110 kilómetros por hora, fue cuando vimos la fuerza del Opal... Roxana como a las 4 ó 5 de la tarde fue presentándose y como iba bajando la tarde fue afirmando su fuerza, a partir de las 8 de la noche tenía sus vientos a unos 160 kilómetros por hora; la mar estaba muy embravecida. Jamás como pescador había visto un fenómeno de esa naturaleza..."

Dedicado a la captura de la raya, "El Pámpano" tiene que salir desde las 5 a.m. para poder empezar a trabajar a las 8 de la mañana, como a 3 leguas de la costa. La malla de seda que utiliza, tejida por él mismo, es de 20 pulgadas, mide 5 brazas (alrededor de 7.5 m.) y vale mil pesos.

"...la raya tiene una espina en la punta de su cola; si punza, da un dolor muy fuerte, tanto que es necesaria la medicina para combatirlo. La herida que causa tarda unos tres meses en sanar. La raya de mayor tamaño que he visto pesó 150 kilogramos y medía un metro, sin contar la cola que es el doble de largo. La raya se pesca todo el tiempo, no tiene veda...El tiempo que me puedo defender es en cuaresma, cuando se vende a 10 pesos el kilogramo de raya. El pescador vende por bulto: 40 pesos una raya grande...El producto de la pesca lo llevo a comerciar a la ciudad de Campeche..."

Don Jorge comenta que en Seybaplaya se consume gran cantidad de raya, aunque en su apreciación personal, la sierra y el pámpano son los más sabrosos. Explica también que en esta región hay tres especies de pargo: el mulato, al que también le decimos "pargo perro" porque muerde; el rubio y el tenate, éste último llega a crecer un hasta unos tres metros.

En su sentir, al pescador siempre se le ve alegre, no hay tristezas.

"...Hay veces que llevamos nuestra pesca al mercado. Y nos dicen: —¿por qué no da más barato?—. No toman en cuenta los trece mil pesos que cuesta la lancha, los sesenta pesos diarios de combustible... El 'coyote' sólo expone su dinero, mientras nosotros corremos el riesgo de ir a buscar la pesca..."

CARMEN VERDEJO

Don Carmen Verdejo, de 70 años, cuenta que en una ocasión, en compañía de su hijo Isidoro, pescaba a 3 brazas de Champotón, cuando los sorprendió el sueste. Entonces le gritó a su hijo: —*¡Baja la vela!*—. Pero al tratar de hacerlo, en un bamboleo del cayuco, se cayó Isidoro al agua.

“...me desesperé. Me amarré una soga a la cintura y me aventé al agua para ayudar a mi hijo. Ya en el cayuco, el viento nos arrastró por 5 horas. Pusimos la vela chica y nos dirigimos al faro de Champotón, pero salimos a los cocales de Paraíso. Así que anduvimos perdidos toda la noche, pues llegamos cuando el reloj tocaba las ocho de la mañana, ¡Sanos y salvos!...”

“CHEO”

Dice don José López que acostumbra a aconsejar a los muchachos que se inician en la pesca: “...—*¡Dieron norte, no vayan a pescar!*— Los muchachos le responden en son de burla: —*¡Tienes miedo!*— y el les responde —*¡No es miedo, es precaución!*—...”

“...*Los vientos del sueste son muy traicioneros y, a veces, se convierten en nortes...*”. Este es el consejo de “Cheo” y también dice que en el mar le tiraron el tuch.

INDICE DE NOMBRES

A

Aguilar Alberto, 13; 16
Aguilar Angel (*Changelón*), 18; 19
Aguilar Jorge (*El Chulo*), 26
Aguilar Campos Juana (*Canchocha*), 11; 18-23
Aguilar Campos Luis, 11; 18; 20
Aguilar Campos María del Rosario, 11
Aguilar Campos Marlene, 11
Aguilar Martínez Juan, 9; 14; 16; 17; 18; 36; 61
Aguilar Naal Albertina; 14
Aguilar Naal Antonio (*La Chopa*), 12; 14; 16-17; 50
Aguilar Naal Felipe (*El Gordo*), 12-15
Aguilar Naal Juan, 50; 57
Aguilar Naal Víctor (*La Postólica*), 9-11; 13; 14; 18; 20; 50
Aguilar Novelo Candelario, 12; 16; 17; 24; 27; 28
Aguilar Prudencio, 13; 16
Aguilar Sánchez Antonio, 17
Aguilar Sánchez Candelaria, 17
Aguilar Sánchez Luis, 17
Aguilar Sánchez Manuel, 17
Aguilar Sánchez María Cruz, 17
Aguilar Sánchez María de Jesús, 17
Aguilar Sánchez Romanita, 17
Aguilar Sánchez Rosa, 17
Aguilar Sánchez Teresa, 17
Aguilar Tomás, 13; 16
Aguilar Trejo Carmen (*Cacho Bala*), 27-28
Aguilar Huitz Julio, 24-25
Alayola Cardeñas José Dolores (*Olla*), 72-73
Alayola Carlos, 72
Alcocer Cruz, 17
Almanaques "Espinosa", 10
Almeyda Polanco Jerónimo (*Jerón*), 67
Alpuche Serafín, 36

Ancona Andrés, 13
Ancona Candelario (*Jurujo*), 26; 43; 60
Ancona Carlos (*Molenillo*), 55; 60-62
Ancona Carmen, 45, 60
Ancona Francisco, 13
Ancona Manuel, 15
Ancona Melitón, 13; 26; 28; 61
Ancona Ramón, 13
Ancona Silvestre, 43; 60
Antonio "El Churro", 22
Arjona Antonio, 13
Arnábar Gunam Tomás, 63
Azar Alejandro (*Don Lexo*), 12

B

Baeza Manuel, 28
Barrera Méndez Moisés, 51
Barrera Mézquita Eulogio, 51-52
Blasinda Xan, 35

C

Cahuich Chan Daniel (*Cochinón*), 63-64
Calderón Adelfo (*Patadita*), 26; 57; 58
Calderón Leovigildo, 17; 57
Cámara Fidencia, 70
Campos Juan, 17
Campos Trinidad, 11
Castillo Anastasio (*Pistola*), 53; 54
Castillo Navarro Agustín (*Pichitaca*), 13; 53-54
Carballo Cheo, 20
Cardeñas María de los Angeles, 72
Centurión de Aguilar María del Socorro, 14
Cetina Rebolledo Pastor, 43
Chablé Pedro, 57
Chi Pablo, 48
Chupa, 10
Colorado Luis, 29
Cosgalla Delgado Leopoldo (*Polo*), 41-42

Cosgalla Delgado Javier, 41
Cosgalla Delgado Juan Manuel, 41
Cosgalla Delgado Luis, 41
Cosgalla Delgado Mario, 41
Cosgalla Delgado Víctor, 41
Cosgalla Leopoldo, 41
Coyoc Joaquín, 63
Cruz Izquierdo Turi (*La Uña*), 66
Cruz Izquierdo Vicente (*La Uñita*), 65-66

D

Delgado Apolonio, 70
Delgado Carmen, 13
Delgado Padilla Carlos (*El Mono*), 70-71
Delgado Rivero Alberto (*Mamoya*), 28
Delgado Rivero Candelario (*El Cuxo*), 44-45
Delgado Rivero Manuel (*Si-Do-Re*), 36; 43; 46
Delgado Rivero Ramón (Ciruelero), 46
Denegri Canducha, 16
Díaz José, 10
Dzib Ríos Abraham del Carmen (*Kalimán*), 81
Dzib Ríos Adolfina, 81
Dzib Ríos Candelaria, 81
Dzib Ríos Margarita, 81
Dzib Cobos Jorge (*El Pámpano*), 81-82
Dzib Ríos Luis Armando (*El Negro*), 81
Dzib Ríos Sixto (*El Chavo*), 81

E

Escalante Wilberth Dr., 10
Escuela Tecnológica Agropecuaria No. 13, 38

F

Flores Barrera Luis, 20
Fuentes May Concepción, 74

H

Haydar Salín, 36
Hernández Francisco (*Frank-El Perro*), 55; 56
Huitz María Cruz, 24

L

Lanusa José, 24
Lanz Barrera Fernando, 38
León Carlos, 32
López Ancona José, 83
López Góngora María, 32
López José (*El Gachupín*), 38, 43; 83
López Rosendo, 26; 43

M

Macari Aniceto, 59
Macari Mauricio, 59
Manuel Chiquito, 61
Martínez María Cruz, 12; 13
Martínez Asunción, 58
Martínez José Dr., 12; 14; 16
Martínez Juan, 13
Méndez Aída, 51
Méndez Santamaría Hipólito (*Oso*), 80
Méndez Cámara Santiago (*La Chata*), 80
Méndez López Ambrosio (*El Aguila*), 78
Mocho Aguilar, 61
Montalvo Pancho, 18

N

Naal Zenobia, 9
Narvárez Juan, 70

O

Olivares Manuel, 68
Osorno Tacho, 26

P

Pacheco Almeyda José del Carmen (*Huach*), 68; 74
Pacheco Fuentes Candelario (*El Chicote*), 69; 75
Pacheco Fuentes Isidro (*El Encuevado*), 67; 75
Pacheco Fuentes José del Carmen (*Camello*), 74-77
Pacheco Fuentes Silvestre (*La Madrina*), 75
Pacheco Luciano (*El Chulo*), 67; 68
Padilla Francisco (*Chico*), 35; 70
Panchón, 57
Paredes Carlos, 15; 24; 28; 51

- Pérez Chaparro, 28; 36
Pérez Nicolás, 61
Pérez Tomás, 61
Poot Vázquez Enrique (*El Churro*), 57-59
Poot Enrique (*hijo*), 51
- Q**
Queb Rebolledo Antonio (*El barco*), 69
- R**
Ramírez Pacheco Domingo, 48
Ramírez Pacheco Filiberto, 48; 49
Ramírez Pacheco Justino, 48
Reyes Salvador (*Chavo*), 17
Reyes Víctor, 11
Ríos Aké Ramona, 81
Rivero Higinio, 26
Rodríguez Barrera Rafael, 30; 57
Rosado Diego, 12
Rosado Pepe, 80
Rosado Pérez Gladys, 32; 34
Ruibal Enrique, 12
- S**
Sánchez de Aguilar Marfa, 17
Sánchez Octavio (*Tabich*), 57; 58
Sandoval Oneciforo (*Chiforo*), 10; 35
Sandoval Guadalupe (*Lupe*), 35; 53; 54; 71
Santamaría Cámara Teresa, 78
Sarmiento Villarino Román, 81
Sarricolea Fernando, 35
Sarricolea López Claudio, 28; 32-34; 35; 38; 43; 71
Sarricolea López Luis (*Pata de Mula*), 11; 35-37; 45; 71
Sarricolea Roberto, 14; 32; 70
Sarricolea Rosado Claudio (*El Verdugo*), 32
- Sarricolea Rosado Fernando Dr. (*Calabaza*), 33; 38-40
Sarricolea Rosado Gladys, 33
Sarricolea Rosado Guillermo (*Caracolito*), 33
Sarricolea Rosado José Luis (*Pellejo*), 33; 34
Sarricolea Rosado Juan Eduardo, 33
Sarricolea Rosado Leonora, 33
Sarricolea Rosado Marfa, 33; 34
Sarricolea Rosado Roberto (*La Piedra*), 33; 34
Secretaría de Marina, 51
Silva Hernán, 74
Silva Polo, 25
- T**
Trejo Covarrubias Antonio (*Chaflán*), 50
Trejo Novelo Josefina, 27
Trinidad Campos, 11
Tomás Chiquito, 61
Torres Vela José, 23
- U**
Uc Gustavo, 51; 52
UNAM, 38
Unión de Charaleros Seybanos, 76
Universidad del Sudeste, 38; 80
Uribe Donato, 17
Uribe Flores Raúl, 52
Uribe Reyes Alberto (*Choclo*), 55
Uribe Reyes Alfonso (*Choclo*), 55-56
Uribe Reyes José del Carmen (*Cacho*), 51; 55; 56
- V**
Valladares José, 57
Vela Gregorio (*El Xpú*), 60
Verdejo Carmen, 26; 83
Verdejo Isidoro, 13; 26; 83

GLOSARIO

A

abollar: Producir hundimiento en una superficie con un golpe.

aburrentes: Calma.

achicar: Sacar el agua del cayuco con un recipiente.

Alfonsina: Barco de vela que hacia viajes a Campeche antes de que se construyera la carretera. Su recorrido duraba de 7 a 8 horas, (cuando había buen viento) y de uno y medio a dos días cuando había calma o al garette.

apantallar: Asombrar.

amolar: Fastidiar, molestar.

andamio: Armazón de tablonos y tablas empleado para la construcción de barcos.

ardentía: Especie de reverberación fosfórica que suele mostrarse en las olas agitadas y a veces en la mar tranquila.

arremolinarse: Amontonarse o apiñarse desordenadamente las gentes.

atarria: Tejido de henequén en forma de banda, parte de los aperos de las mulas.

atongar: Apilar cosas; amontonar.

avíos: Utensilios necesarios para la pesca.

B

bajerías: Lugares bajos, agua de poca profundidad que impide flotar a las embarcaciones.

bambolear: Balancearse, oscilar, moverse una persona o cosa de un lado a otro sin dejar su sitio.

banco: 1) asiento de los pescadores en el cayuco; 2) Conjunto de peces que en gran número van juntos;

3) bajo que se prolonga en una gran extensión.

barbiquejo de hilo: cabo o cadena que sujeta el palo grueso que en la proa de los barcos sirve para asegurar los estayes del trinquete y otros usos,

barranco: Quebra profunda en el terreno hecha por las corrientes de agua.

bastimento: Provisión.

bohito: Barco pequeño. Se construye calando el tronco de un árbol.

bonanza: Tiempo tranquilo y sereno en el mar; prosperidad.

borda: Parte superior del costado de la embarcación.

botica: Farmacia.

braza: Medida de longitud equivalente a 1.82 m.; cabo que laborea por la punta de la percha a la que se asegura el grátil de una vela y sirve para mantenerlas fijas.

brazada: Movimiento que se hace con los brazos extendiéndolos y recogiendo los alternativamente.

bufeo: Delfín.

bulkin: Palabra maya que designa el viento del sueste.

bullá: Ruido confuso de voces, gritos y risas; concurrencia de mucha gente.

C

cabo: Cuerda. Punta de cuerda que entra en el mar.

cagotear: regañar

caguama: Tortuga marina, algo mayor que el carey, de concha color verde y carne muy estimada.

calafatero: Carpintero de ribera.

Camino Real: Zona del norte del Es-

- tado de Campeche, que abarca las poblaciones de la antigua carretera Campeche—Mérida.
- canalete:** Remo de pala muy ancha, generalmente postiza y ovalada, con el cual se boga sin escálamoni chumacera, y sirve al mismo tiempo para gobernar las canoas; desvanadera para hacer meollar.
- canchoca:** Tiburón amarillo.
- cantear:** Inclinar hacia un lado.
- cañamo:** Cordel delgado.
- capear:** Mantenerse sin retroceder más de lo inevitable, cuando el viento es duro y contrario; Sortear el mal tiempo con adecuadas maniobras.
- Capitanía de Puerto:** Dependencia encargada de supervisar las actividades en el mar.
- carta marina:** Mapa que representa una parte del mar, con los datos útiles para la navegación.
- cayuco:** Embarcación de una pieza, con el fondo plano y sin quilla, que se gobierna y mueve con el canaleta.
- cazón:** Tiburón pequeño de unos 70 cms. de largo, de cuerpo casi cilíndrico y dientes agudos y cortantes. Su piel, áspera y gruesa sirve de lija, después de seca. Su carne es muy apreciada en la región para varios platillos.
- cesto:** Tejido de mimbre, huano, palma, etc. en figura redonda y cóncava para almacenar pescado.
- chagueyales:** Sitio donde se da el chagual, planta bromeléacea, de tronco escamoso y flores verdosas. la médula del tallo nuevo es comestible; las fibras sirven para cordeles.
- chalupa:** Embarcación pequeña que suele tener cubierta y dos palos para velas. Lancha, bote; Canoa en que apenas caben dos personas.
- charal:** Pez osteíctio de color plateado que se captura principalmente en Seybaplaya y, curado al sol, es artículo de comercio bastante importante.
- chaveta:** Clavo hendido en casi toda su longitud que, introducido por el agujero de un hierro o madero, se remacha separando las dos mitades de su punta. Clavija o pasador que se pone en el agujero de una barra e impide que se salgan las piezas que la barra sujeta.
- chen:** Solo, solamente, puro, sin mezcla.
- cherna:** Huaza.
- chiclero:** Persona que se dedica a cosechar ó comerciar con la resina del chicozapote (chicle).
- chicotiza:** Golpes dado con el chicote, látigo, correa.
- chinchorro:** Red a modo de barredera y semejante a la jábega, aunque menor. Embarcación de remos, muy chica y la menor de abordo.
- chingadera:** Abuso.
- chingón:** El mejor.
- chito:** Chamaco, muchacho.
- ch'op:** Tuerto del ojo, que lo tiene quebrado. Poner tuerto.
- chu:** Calabazo, recipiente para almacenar agua.
- chubasco:** Chaparrón o aguacero con mucho viento. Nubarrón oscuro y cargado de humedad, que suele presentarse repentinamente, empujado por un viento fuerte.
- chumera:** Borrachera.
- cinchas:** Ceñidor con que se asegura la silla en el caballo.
- cocal:** Sitio poblado de cocoteros
- cogollitos de guano:** Tiras de palma.

cogote: Parte superior y posterior de la cabeza.

cojinúa: Pez de unos 30 cms. de largo, de color plateado y cola ahorquillada. Su carne es muy apreciada.

cola de gallo: Línea de nubes que presagian mal tiempo.

colchar: Poner el corcho a las redes. Poner seda, algodón, hilos, etc. entre dos telas y bastearlas

compás: Brújula.

copo: Bolsa.

cornuda: Pez semejante al tiburón.

coyote: Intermediario en la venta del pescado.

“Cuarenta cuadritos”: Puerta de jabín en la antigua cárcel municipal de Champotón, llamada así porque estaba construida por hileras de madera que formaban 40 espacios.

curruco: Pez roncador blanco.

curricán: Aparejo de un solo anzuelo para pescar por la popa.

D

draga: Máquina excavadora destinada a extraer escombros y materiales diversos que se hallan bajo las aguas. Sirve para aumentar la profundidad de las vías navegables y para abrir cauces de canales en construcción.

E

embragues: Amarres de sogas que tiene la vela.

encerado: Lienzo impermeabilizado con cera u otra materia que sirve de vela en las embarcaciones.

engodo: Carnada fresca.

enhuevado: Cuando el pescado está fecundado.

escamar: Quitar las escamas.

escota: Sogas de henequén que sirven para controlar la vela, según la fuerza y dirección del viento.

F

fondear: Reconocer el fondo del agua. Apartar la carga del navío hasta descubrir el plan y fondo de él. Asegurar la embarcación o cualquier otro término flotante por medio de anclas o grandes pesos.

G

gachupín: Español que vino a radicar al Continente Americano.

gobernar la nave: Guiar y dirigir; Obedecer el buque al timón.

grampín: varios anzuelos atados. Ancla.

guardín: Soga.

H

henequén: Pita, planta.

huach: Persona originaria del centro de la República Mexicana.

huano: Palma tierna.

I

irse a pique: Hundirse en el agua una embarcación u otro objeto flotante.

ixmoa: Especie de tiburón negro.

J

jabín: Madera dura, muy apreciada para la construcción de embarcaciones.

L

La Independencia: Primer barco de motor, que salía de Champotón 3 veces por semana, según la carga que había. Tenía de 20 a 30 toneladas de calado. El costo del viaje era de 50 centavos a un peso.

lance: Tirar la red.

lanceo: Pesca de día con redes, formando un círculo en mar adentro o semicírculo en la costa.

lanceta: Instrumento de acero de doble filo y punta muy aguda, usado para sangrar. Especie de caracol.

licerear: Pesca de noche con redes (recto).

LORAN: Siglas de Long Range Aid to Navigations. Sistema utilizado por barcos y aviones para determinar su posición, basado en la diferencia de tiempo que existe en la recepción, por parte del móvil, de unas señales emitidas sincrónicamente por dos estaciones terrestres.

Los Chenes: Región maya situada al norte del Estado de Campeche.

M

madriza: golphiza.

manigueta: Manija.

manteca: Gordura de los animales. Grasa.

marcar el lugar: Manera que tienen los pescadores de determinar los arrecifes o pesquero, ya sea de forma rudimentaria, tomando en cuenta el ángulo de la visual dirigida a varios elementos (cerros, árboles, torres, etc.) y, de forma digital, utilizando el LORAN, a través de señales vía satélite.

marejada: Movimiento tumultuoso de grandes olas, aunque no haya borrasca.

marullo: Movimiento de las olas cuando empiezan a levantarse con el viento.

mochila: Morral para provisiones. Bolsa o saco para viajes.

muda: Conjunto de prendas para un cambio completo de ropa.

O

Opal: Huracán que asoló a Estado de Campeche en el mes de septiembre de 1995.

P

palanca: Cabo que carga los puños de las velas mayores.

palanqueta: Palanca pequeña.

pámpano: Salpa, pez.

panetear: Golpear con la vara o remo el plan del cayuco para espantar a los peces.

pantisales: Bajos.

Paraíso: Ejido situado en la desembocadura del río Champotón, sus habitantes se dedican a la recolección de caracol, camarón y camaroncito.

penca: Hoja carnosa de ciertas plantas; como la del nopal, y ciertas hortalizas. Parte carnosa de ciertas hojas cuando en su totalidad no lo son; como las de la berza.

percance: Contratiempo, daño, perjuicio.

pesca al anzuelo: Pesca de día o de noche de forma manual, con cordel y señuelo.

pesca ribereña: La que se efectúa por pequeñas embarcaciones en las proximidades de la costa.

pesquería: Trato o ejercicio de los pescadores. Acción de pescar. Pesquera, sitio donde frecuentemente se pesca.

pesquero: Sitio o lugar donde frecuentemente se pesca. Arrecife.

pita: Planta. Saco, bolsa.

pie de viento: Fuerte corriente atmosférica de aire con agua.

plan: Parte inferior y más ancha del fondo de una embarcación.

plomada: Sonda para medir la profundidad de las aguas. Conjunto de

plomos que se ponen a la red para pescar.

popa: Parte posterior de las embarcaciones.

porrón: Vasija de barro o plástico de vientre abultado, para agua.

porriño: Palo.

posta: Tajada o pedazo de carne, pescado u otra cosa.

poza: Charca.

Pozo Monte: Barrio de la ciudad de Champotón.

proa: Parte delantera de las embarcaciones.

p'uh: Cazar, montar.

pulpero: Pescador de pulpos.

Q

quilla: Pieza que va de proa a popa por la parte más baja del barco. Cada una de las partes salientes y afiladas que tiene la cola de algunos peces. Primera pieza que se coloca en la construcción de una embarcación.

R

rasquete (rasqueta): Planchuela de hierro o lata, de cantos afilados y con un mango de madera, que se usa para raer o limpiar superficies.

relingar: Coser o pegar cada una de las cuerdas o sogas en que van colocados los plomos y corchos con que se calan y sostienen las redes en el agua.

reventadera: Deshacerse en espuma las olas del mar por la fuerza del viento o por el choque contra los peñascos o playas. Brotar o salir con ímpetu los peces.

rosa náutica: Círculo que tiene marcados alrededor de los 32 rumbos en que se divide la vuelta del horizonte.

Roxana: Huracán que asoló Champotón en septiembre de 1995.

S

sak: 1) Alba entre dos luces, la mañana, cuando amanece entre dos luces. 2) Blanquear de lejos como velas de navío.

sam hol: oso colmenero.

sarta: Serie de cosas unidas con hilo, cuerda, etc. Porción de gentes o de otras cosas que van en fila. Serie de sucesos.

serreta: Sierra. Mediacaña de hierro, con dienteitos, que se sujeta al cayuco.

sondaleza: Cuerda larga y delgada utilizada en arpones.

Sueste: Viento de tierra, del sudeste.

T

tarabilla: Persona que habla mucho y sin orden ni concierto. Idea.

tarraya: Atarraya. Red para pescar en ríos.

tasajo: Pedazo de carne seco y salado o acecinado.

tirar el tuch al mar (o enterrar): Costumbre de origen maya que consistía en enterrar el ombligo para arraigar a las personas en los lugares de origen.

tiroteo: Ruido que hacen los peces al entrar y salir del agua por sentirse cercados.

trago: Aguardiente. Cualquier bebida embriagante.

tralla: Red hecha con cuerda más gruesa que el hilo gordo o cordel hecho de cáñamo.

trancar: Parar, detener.

truncar: cortar, mutilar.

trinquete: Palo con una pequeña vela en la punta utilizada junto otra más grande.

tsak: Contar, numerar (ma'uchak in tsakik in k'eban: no puedo contar mis pescados que son muchos).

tuch: "ombbligo" (palabra maya).

tundir: Dar palos y golpes.

turbios: Tramos de agua revuelta que demuestra en la superficie del agua la presencia de presencia de bancos de peces.

turbonada: Fuerte chubasco de viento y agua, acompañado de truenos, relámpagos y rayos.

U

última corrida: última vez que pasa un autobús, tren o barco.

V

Varadero: Lugar donde varan (o encallan) las embarcaciones para resguardarlas o para limpiar sus fondos y componerlas

vara: medida de longitud.

veda: Espacio de tiempo que está prohibido pescar determinada especie.

vela: Pieza de lona fuerte formada — cuando es grande— por diversos trozos cosidos, que se amarra a los palos de un barco, para recibir el viento y adelantar la nave.

viruela negra: Enfermedad mortal con erupción de granos en la piel.

vivero: Embarcación con huecos donde se mantienen o se crían dentro del agua peces, moluscos, etc.

La nuestra es una agrupación de champotoneros dedicada a la búsqueda de nuevas perspectivas para el desarrollo de nuestra comunidad.

La multidisciplinariedad de los que integramos PERSPECTIVAS, A.C. nos ha permitido conjuntar diversos puntos de vista para asumir proyectos en beneficio de Champotón.

Uno de estos proyectos es la impresión de este anecdotario de pescadores, financiado por el Programa de Apoyo a las Culturas Municipales y Comunitarias.

“Los Caminantes del Océano” es un documento que retrata la vida de los pescadores champotoneros. Agradecemos a todos ellos que nos hayan abierto las puertas de su casa y permitido entrar en sus corazones.



PERSPECTIVAS

ASOCIACION CIVIL

CHAMPOTON, CAMPECHE

PESQUERIAS
EN LA CIUDAD
Y PUERTO DE
CHAMPOTÓN



Centro de
Información y
Documentación

Alberto Beltrán



014227

A N E C D O T A R I O



PERSPECTIVAS

ASOCIACION CIVIL

CHAMPOTÓN, CAMPECHE

Juan R. Cobos Alcocer
Aura Sánchez Arjona
Marisol Castillo Castillo
Aracelly Castillo Negrín
Carlos Castillo Brown
Eleuterio Góngora Arones
Fanny Sansores Rivero



CULTURAS
POPULARES

PACMYC

